



Norita

La sonrisa rebelde

mónadanomada
ediciones

FUNDACIÓN
ROSA
LUXEMBURGO



Norita

La sonrisa rebelde



















QUE A
LOS D

MADRI

PLA

PRO DE LA
CULTURA
DE LA
MADRI
CULTURA
DE LA
MADRI
CULTURA
DE LA
MADRI









LA VIDA DE LOS
PADRES FAMILIARES Y AMIGOS

FAMILIARES DE DESAPARECIDOS

Carlos A. Perea
PRENSA
1976

Portrait of a young man

PINA
ALEJANDRO
SECUNDARIO

Portrait of a young man

NINOS-DESAPARECIDOS

LA VIDA DE LOS
DE



GERNSCHTEIN
HUIEN
17 de
25/5/77

GUERINER
HUGO CHAMBER
RECONOCER
19/5/77

GERNSCHTEIN
HUIEN

¿DÓNDE ESTAN LOS
CIENTENARIOS DE REBES
NACIDOS EN CAUTIVERO?
19/5/77

ASKELMAN
LETICIA
SOLICITA
18 AÑOS

TENIDOS-DESP
BERTAD JAIME TAYO



Gustavo Cejudo
VERDAD
desaparecidos
DE PLAZA
FUNDADORA
15 abril 1977
ARGENTINA

Presentación

TORGE LOEDING

Director de la Fundación
Rosa Luxemburgo Cono Sur

La lucha por la memoria, la verdad y la justicia en Argentina ha sido, desde hace décadas, una inspiración para quienes en el mundo enfrentamos las sombras del autoritarismo y la impunidad. En este camino, Nora Cortiñas, nuestra querida Norita, se erige como un faro.

Su vida no solo testimonia el dolor y la resistencia frente a la dictadura más oscura de la historia argentina, sino que también encarna el compromiso inquebrantable con un futuro de dignidad para todas y todos.

En Norita reconocemos la fuerza de las Madres de Plaza de Mayo, quienes, desde el horror y la ausencia, transformaron el pañuelo blanco en símbolo universal de rebeldía y esperanza. Pero su legado trasciende. Con una sonrisa franca y una generosidad infinita, Norita construyó puentes, rompió fronteras, y recordó al mundo que la memoria no es estática ni exclusiva; es una tarea colectiva que desafía al olvido y nos impulsa a la acción.

Desde la Fundación Rosa Luxemburgo, compartimos esa convicción. En un contexto global donde las derechas radicales y el negacionismo intentan borrar nuestras historias y sueños, este libro es una herramienta política y una celebración. Porque la alegre rebeldía de Norita no es solo un retrato de su vida, sino también una invitación: a seguir buscando la verdad, a demandar justicia plena, y a mantener viva la memoria de quienes lucharon por un mundo más justo.

La pedagogía de Norita nos enseña que la esperanza no es ingenuidad, sino la fuerza que nos permite construir el mañana, incluso en los momentos más difíciles. Por eso, este libro no es solo un homenaje; es un llamado: a mantenernos de pie, a nunca claudicar, y a continuar ese camino que ella, con su pañuelo blanco, recorrió hasta su último día.

Norita, presente. Hoy y siempre.

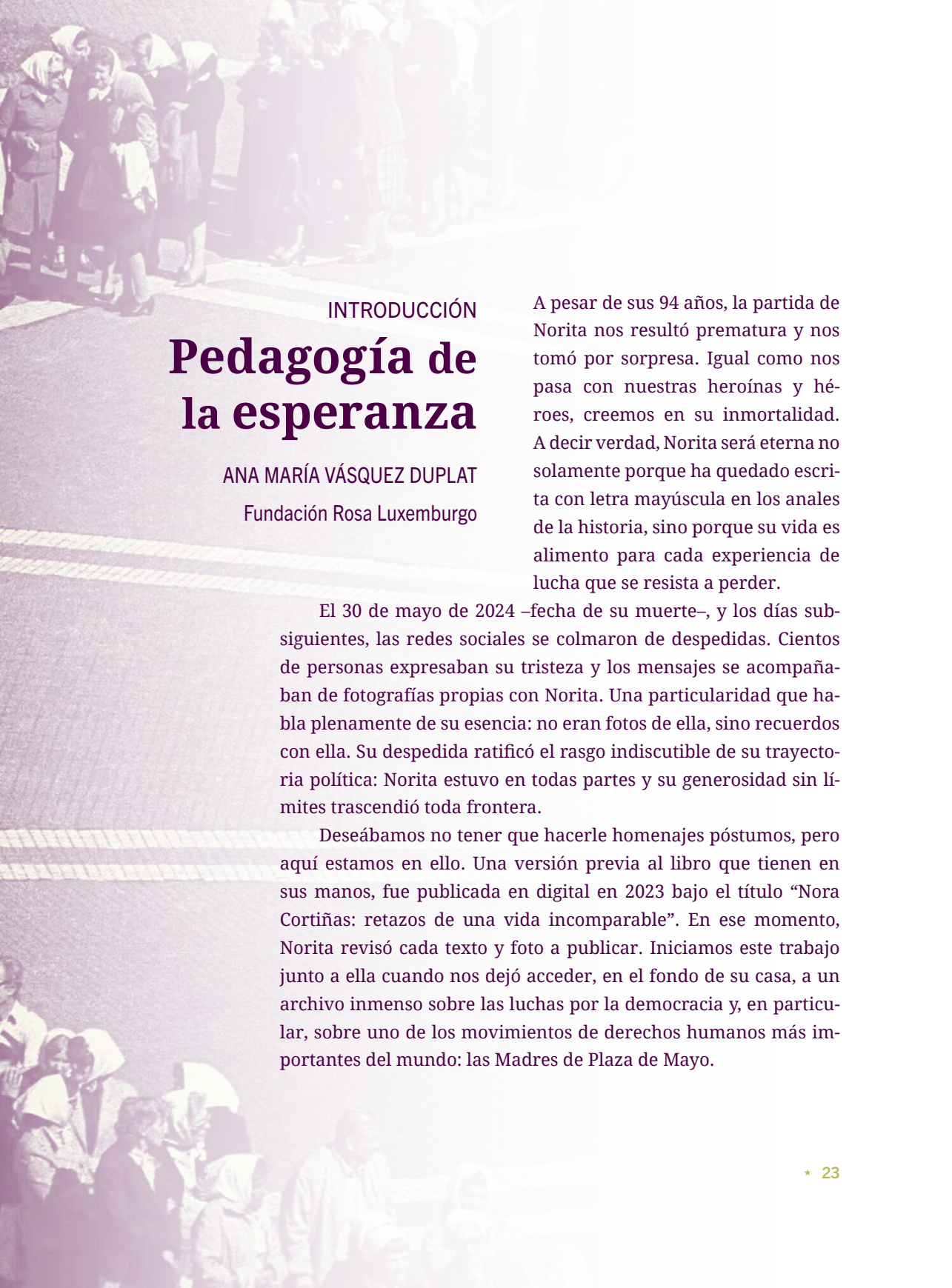
Y si todavía, no nos dimos
cuenta de cuanto fuimos
capaces de hacer,
sentémos a reflexionar,
porque quien no ama lo que
construye seguramente no
estará en condiciones de
seguir avanzando con pie
firme hacia metas aun
mayores y compromisos cada
día más difíciles.





Gracias a Nora y toda su familia por abrirnos las puertas de su hogar e invitarnos a sumergirnos en sus recuerdos. Esta publicación la empezamos a imaginar entre polvillo y cajas agrietadas. Dentro de un inmenso mar de recortes de diarios, fotografías y materiales gráficos, descubrimos que estábamos ante una fracción de tiempo atesorado con conciencia. Allí, en el cuartito del fondo, comenzamos a bucear con Norita al frente, haciendo de guía. Pero como el tiempo puede ser espeso hacían falta herramientas para poder esculpirlo. Comprendimos que ella nos invitaba a seguir conociendo su historia y que nosotrxs podíamos ser la herramienta para modelar la materia prima de la que se compone la memoria. Y aquí nos encontramos, con la firme convicción de que esa memoria es colectiva y el compromiso puesto en mantenerla siempre activa. Con cariño y profundo respeto, Ana María Duplat, Jayson McNamara y Francisco Villa.





INTRODUCCIÓN

Pedagogía de la esperanza

ANA MARÍA VÁSQUEZ DUPLAT

Fundación Rosa Luxemburgo

A pesar de sus 94 años, la partida de Norita nos resultó prematura y nos tomó por sorpresa. Igual como nos pasa con nuestras heroínas y héroes, creemos en su inmortalidad. A decir verdad, Norita será eterna no solamente porque ha quedado escrita con letra mayúscula en los anales de la historia, sino porque su vida es alimento para cada experiencia de lucha que se resista a perder.

El 30 de mayo de 2024 –fecha de su muerte–, y los días subsiguientes, las redes sociales se colmaron de despedidas. Cientos de personas expresaban su tristeza y los mensajes se acompañaban de fotografías propias con Norita. Una particularidad que habla plenamente de su esencia: no eran fotos de ella, sino recuerdos con ella. Su despedida ratificó el rasgo indiscutible de su trayectoria política: Norita estuvo en todas partes y su generosidad sin límites trascendió toda frontera.

Deseábamos no tener que hacerle homenajes póstumos, pero aquí estamos en ello. Una versión previa al libro que tienen en sus manos, fue publicada en digital en 2023 bajo el título “Nora Cortiñas: retazos de una vida incomparable”. En ese momento, Norita revisó cada texto y foto a publicar. Iniciamos este trabajo junto a ella cuando nos dejó acceder, en el fondo de su casa, a un archivo inmenso sobre las luchas por la democracia y, en particular, sobre uno de los movimientos de derechos humanos más importantes del mundo: las Madres de Plaza de Mayo.

A tiempo, Norita desempolvó ante nuestros ojos un tesoro guardado, alimentado y clasificado durante décadas con su atinado criterio político. Una parte sustancial de ese archivo lo donó al CeDInCI para seguir contribuyendo a la (re)construcción de la historia. Esos materiales nos inspiraron a poner en marcha la construcción de este libro que ahora sale a la luz en papel y tintas.

Esta reedición, ahora impresa, suma voces, amplía las lecturas originales, reorganiza las imágenes con un cuidado editorial enorme y suma poesía. No solamente queremos homenajear a la Madre de todas las batallas, sino que sabemos que, junto con ello, escribir sobre/para/con/a Norita es perpetuar la tarea que ella nos enseñó: tomar su legado y continuar reclamando la verdad, la justicia plena y la memoria viva de Gustavo, su hijo, y de cada una de las víctimas del Estado, de ayer y de hoy.

Rosa Luxemburgo escribió desde la cárcel, en vísperas de la Navidad de 1917, una carta a su amiga Sophie Liebknecht en la que le dejó como posdata: “Soniuska, queridísima, quédese a pesar de todo tranquila y alegre. Así es la vida, y así hay que tomarla, valientemente, con la frente en alto y sonriendo, a pesar de los pesares”. De mujer rebelde a mujer rebelde, y como si Nora Cortiñas hubiese sido la destinataria de esa invitación, Norita anduvo valiente, sin claudicaciones, coherente y con una gran sonrisa. Por eso el título de esta edición. Con él, intentamos sintetizar su caminar y aquellos elementos comunes que recorren el conjunto de textos que encontrarán en esta publicación: Norita, sonrisa y revolución.

Norita fue siempre luz en medio de la oscuridad y su vida fue pedagogía permanente. Paulo Freire, en *Pedagogía de la Esperanza*, puso luces sobre dos asuntos: “la desesperanza nos inmoviliza y nos hace sucumbir al fatalismo en que no es posible reunir las fuerzas indispensables para el embate recreador del mundo”. Pero también, “la esperanza necesita de la práctica para volverse historia concreta. Por eso no hay esperanza en la pura espera, ni tampoco se alcanza lo que se espera en la espera pura, que así se vuelve espera vana”.

Norita, que en ese andar ligero parecía volar, llegaba siempre a acompañar cada lucha. Este libro hace una justa semblanza de esa incondicionalidad militante que sostuvo a lo largo de su vida como Madre de Plaza de Mayo. Y en esa práctica, que se hizo historia concreta, creó un grito final que nos queda como mantra. En cada acto, tras hacer presentes a las y los 30.000 compañeros y compañeras que, junto a miles más, batallaron por una Argentina justa e igualitaria, y un “¡hasta la victoria, siempre!”, Norita nos dejó un “¡VENCEREMOS!” alegre y con el puño izquierdo en alto (el mismo que en los últimos años adornó con pañuelo verde).

Será posible hablar sobre ella, desde casi cualquier óptica de la historia argentina reciente, pero también de la del *sur global* y de la democracia entera. Su trayectoria política, conectando de nuevo con Rosa Luxemburgo, además de estar signada por un internacionalismo consecuente, es sin duda una pedagogía de la esperanza para todas las generaciones de militantes sociales que la sucedemos.

Agradecemos a Norita por dejarnos entrar y sentarnos en su mesa. Este es también un nuevo retazo de una historia compartida que empezó en los mismos orígenes de nuestra oficina. Para la Fundación Rosa Luxemburgo Oficina Cono Sur también es una presencia imprescindible. En diciembre de 2015 inauguramos nuestro trabajo en Argentina planteándonos como horizonte el de los derechos humanos –de ayer y hoy–, reivindicando la memoria, las complicidades y las disputas territoriales; y cuatro años más tarde reinauguramos reafirmando y ampliando este enfoque. Norita estuvo y está presente en esta definición, guiando nuestro trabajo y compromiso político.

Seguimos su rastro, los lugares que transitó, sus reclamos cada Ronda de los jueves. Ahí debemos estar. Siempre, del lado Norita de la vida. Y ahora, cada vez que salgamos a la calle, nos queda como mandato imaginario poner su pañuelo blanco sobre nuestras cabezas, hacer fuerte el nudo y, como nos propone Sabrina Bölke en su texto, seguir cantando al sol.

Y por supuesto... ¡Venceremos! ★







Preposiciones y proposiciones en torno a Nora Cortiñas

ANA MARÍA CAREAGA

Cuando Ana María Duplat me invitó a sumar mi voz a las sentidas voces de este libro que homenaja y reivindica la vida de Nora Cortiñas, lo hizo con la propuesta de escribir un texto sobre/para/con/a Norita. Y cuando volví sobre la consigna me encontré pensando en todas esas dimensiones. Porque cada vez que su figura se hace presente hablamos de ella y de su impronta, pero también hablamos sobre, para, con y a ella. Como

si al pasar de la tercera a la primera persona pudiéramos, en ese acto, volver a sentarnos a charlar, enriqueciendo aquellos diálogos fructíferos, retomando los que quedaron inconclusos, y sosteniendo otros siempre pendientes.

Eso nos pasa con Norita, nos encontramos recordándola, retratando su vida, evocando anécdotas y de repente se nos entromete en primera persona y nos dirigimos a ella, en un diálogo que se mezcla con otro y otro y nos envuelve el alma.

Y acá nos pasa eso. En este libro nos encontramos con Nora, con trazos de su vida, retazos de su historia y archivos enriquecidos por su tarea incansable.

Memoria, Verdad y Justicia son un nombre de los derechos humanos en la Argentina, y en la vida de Nora se ensancha esa significación en el abrazo a la causa de su hijo, en esa sensibilidad contagiosa frente a la injusticia que supone siempre un derecho negado.

Sobre Nora

Cuando se pierde a un ser querido hay una doble dimensión de esa falta. Perdemos el lugar que quien partió ocupaba en nuestra vida, pero también nuestro lugar en la vida de quien ya no está. Entonces, una parte nuestra se pierde en esa pérdida. Y en torno a Nora, el alcance de este doble movimiento se dimensiona en la reivindicación de su figura, que se multiplica en todos y cada uno de los escenarios en los que ella estaba, solidaria e incondicionalmente. Pone de manifiesto el lugar que Nora ocupaba para esos tantos y tantas que la necesitaban, precisamente porque ocupaban un lugar en los intereses, sensibilidad, preocupaciones y ocupaciones de ella. Y cuando parte quien dedica su vida a la construcción de una sociedad inclusiva, algo de esa patria anhelada se va con ella.

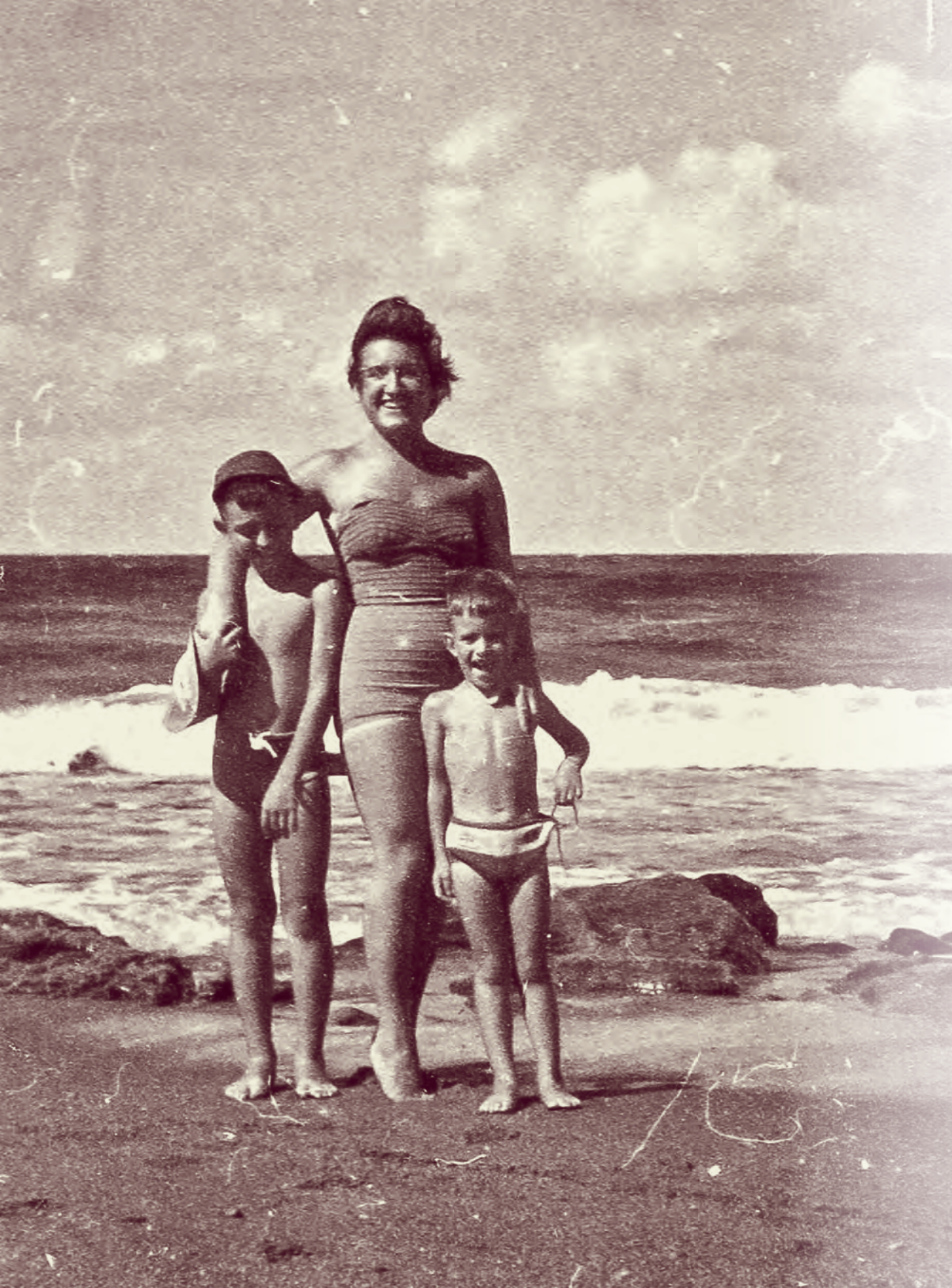
Sí, hablar de la figura de Norita nos trae necesariamente esa presencia sostenida allí donde cada injusticia la convocaba. Porque quienes las padecían, encontraban en ella un amparo incondicional, que muchas veces lograba incluso desandar ese padecimiento. Y ante su partida, la pregunta resuena multiplicándose en cada uno de esos lugares, aquí y en el mundo, donde ella había acercado su acción solidaria.

¿Cómo vamos a hacer? Y sí, claro, rápidamente se impone la respuesta casi automática de casi consignas que se repiten y que casi que la parafrasean: “hay que seguir”, “vamos a poder”. Y también: “es lo que ella hubiera querido”.

Pero, saludablemente, este libro nos convoca a algo más que a los buenos deseos, aunque estos, en tiempos de caída de la dimensión amorosa y solidaria del mundo, no sean poco, sino mucho, por el contrario.

Nos convoca a sumergirnos en los retazos de una vida incomparable, y si cada vida, por única y singular lo es, aquella que se metamorfosea hasta el hueso a partir de una tragedia incurable, como es la desaparición de un hijo, se dignifica.





Y así fue la apuesta de Norita, que junto a sus compañeras de infortunio salió al ruedo a contrarrestar lo mortífero de esa funesta experiencia apostando a la vida, haciendo de esos nuevos ropajes que la tragedia le impuso, una apuesta deseante.

Y en esas merecidas celebraciones de su figura, con su rostro que nos sonríe desde murales contorneados o realistas, discretos o multicolores, con su nombre dibujado con letras de molde, esa sonrisa nos atrapa contagiosamente, pero su mirada también nos interpela.

¿Cómo vamos a hacer?, nos preguntamos ante su ausencia en esa tarea impostergable que nos confronta con respuestas a construir todo el tiempo. El mismo interrogante que la propia Nora se formulaba, a sabiendas de que todo se presenta como insuficiente, en tiempos en que el odio se globaliza como pasión oscura y se desparrama en el mundo con un efecto hipnótico de sugestión que deja al sujeto en estado de desamparo y a expensas de un poder insaciable, como lo es la voracidad del capital.

Porque sí, claro, de eso se trata. Y eso era lo que a Nora la desvelaba en relación con la injusticia: la inequidad, la desigualdad y la exclusión. El estatuto de la crueldad que supone la consecuencia inmediata de la apropiación de los bienes por parte de una minoría enriquecida en base al despojo cada vez más obscuro de las grandes mayorías.

Y esa pregunta se ensancha, trascendiéndola, para dar lugar al interrogante por el futuro de una Patria que se puede perder.

Por eso es necesario interpelar la realidad más allá de los buenos deseos y de esa trampa del “hay que pensar en positivo” a la que nos lleva el neoliberalismo, como si el pensamiento mágico de la “buena energía” cambiara la lógica del sistema, de la inequidad y de la desigual distribución de la riqueza. Porque a eso apunta el discurso hegemónico cuando nos hace creer que si tenemos “buena vibra” y “somos positivos”, nos va a ir bien. Y ese es el discurso que abunda y que se repite en una identificación hipnótica, con el que se le hace creer a la gente que el bienestar de la realidad depende de su mirada benevolente con ella.

Efecto de sugestión de masas que introduce como denominador común el rechazo a la diferencia, cualquiera sea ella, que abona a la hostilidad al otro en la construcción del semejante como enemigo y que se sustenta en el odio como pasión oscura.

Meritocracia e individualismo se imponen así, como una marca de época en un mundo que destruye el entramado social y los valores solidarios.

Marx, retomando la idea de Hegel acerca de la repetición de la historia, agregaba que, si esta se producía la primera vez como tragedia, la segunda sería como farsa, subrayando el carácter de que, en su repetición, podía ser más terrorífica aún que la versión original. Podríamos decir entonces que la historia se repite como tragedia. Y de la tragedia, Norita sabía. Supo a partir del recorrido de su vida en la que el secuestro de su hijo Gustavo fundó un antes y un después. Y produjo un quiebre que, en las imágenes de esta obra, pasan de las escenas familiares a la pérdida irreparable que abriría las puertas de su hogar hacia una búsqueda incesante que, en esa paradoja, la confrontaría con las puertas cerradas de lo infranqueable de la desaparición.

Porque ante la misma pregunta sobre qué hacer frente a esa tragedia de la desaparición, que había borrado de la faz de la tierra a sus hijos e hijas, las Madres construyeron una respuesta. Inventaron un modo de resistencia inédito frente a lo inexpugnable, frente a la pura incertidumbre, frente al cercenamiento de parte del cuerpo propio. Porque así sintieron las Madres la desaparición de sus hijos e hijas: como una amputación. Es el estatuto del trauma en el cuerpo. Y la respuesta, como decía Nora, fue visceral, nació, como ellos y ellas, de sus entrañas.

Las Madres supieron. Sí, las Madres supieron cómo hacer, cómo construir colectivamente un tejido de resistencia que al mismo tiempo que alojó y compartió el dolor, socializó la lucha. Ellas supieron, frente al mal, sobre lo verdadero, aunque de ese saber pudieran dar cuenta retroactivamente. Como una estrategia que se resignifica luego de haberla transitado.



Y en el encuentro con sus compañeras, y el tiempo de la pérdida que iba transcurriendo para cada una, la angustia frente a lo que ella veía prolongarse, primero en la búsqueda de las otras Madres y luego en la propia, ahondaba el dolor al mismo tiempo que la determinación de seguir. Perpetuaba la lucha. A veces el contenido puede desbordar la pregunta.

“Los desaparecidos, que digan dónde están”. Y frente a qué hacer con esa pérdida, salieron a inventar y a reinventarse, constituyéndose en un acto fundacional que las perpetuaría en la historia como un modo de resistencia nuevo, novedoso, una *neocreación*.

Entonces, podemos volver a interrogarnos, ¿cómo vamos a hacer? Porque a eso era a lo que apuntaba Norita. A construir esa respuesta. Y para eso hay que formularse la pregunta e interpelar la realidad.

La desvelaba todo lo que en la sociedad no funcionaba en términos de inclusión, de acceso a derechos, la rebelaba la violación de los mismos, de los derechos de los pueblos originarios, del crimen del que nos hablan la pobreza y la exclusión, la falta de trabajo, la violencia institucional, la violencia contra la mujer, el cuidado del planeta, y de tantas y cada una de esas reivindicaciones a las que Norita se convocaba y nos convocaba porque, lo hemos repetido una y otra vez, y es aquello que más la pinta de cuerpo y alma, sentía propia cualquier injusticia en cualquier parte del mundo dondequiera que esta ocurriera. Tal vez ahí podemos ubicar en ella la dimensión de lo incomparable.

Y tanto podemos nombrar de su querida presencia en cada lugar, que es eso lo que acentúa también esta tremenda sensación de orfandad, y por eso además me pregunto profundamente conmovida, hasta los huesos, ¿cómo vamos a hacer? Sí, cómo vamos a hacer sin ella que, con su alegría, su sencillez, su fuerza y su compromiso irrumpía en nuestras vidas cotidianas atareadas con las urgencias del momento, cada vez más urgentes, para decirnos no solamente lo que ella era para nosotros sino lo que cada uno de nosotros y nosotras éramos para ella.

SOLICITADA

DESDE HACE TRES AÑOS PREGUNTAMOS ¿DONDE ESTAN NUESTROS HIJOS?

¿Dónde están nuestros pequeños nietos secuestrados con sus padres?

¿Dónde están los bebés nacidos en cautiverio de madres secuestradas, en estado de embarazo?

¿Qué contestamos a nuestros nietos sobre el destino de sus padres?

Sobre el silencio, no llegará el olvido, no crecerá la Patria, no habrá laureles.

Con el silencio llegará el caos, crecerá el odio.

¿QUIENES JUZGAN A TANTOS HOMBRES Y MUJERES "DESAPARECIDOS"?

¿QUIENES JUZGAN A ESOS INOCENTES NIÑOS?

¿CUALES SON LAS CAUSAS?

¿QUE CONDENA MERECE?

Una Argentina en Paz no se construye sobre miles de hogares desgarrados por la incertidumbre y la inseguridad.

TODAS ESTAS PREGUNTAS PUEDEN Y DEBEN TENER UNA RESPUESTA.

MADRES DE DESAPARECIDOS

Inocencia González

Ada M. F. de Senar

María E. I. de Masriera

María del R. A. C. de Cerruti

Nélida C. Fiordeliza de Chidichimo

Martíñana Miranda

Celia C. de Machado

Nora I. M. de Cortiñas

Carmen E. Aguiar

Elsa R. Benítez

y siguen firmas

ESTA SOLICITADA FUE PAGADA CON EL APOORTE DE LOS FAMILIARES Y AMIGOS DE LOS DETENIDOS - DESAPARECIDOS

Por eso nos rodean amorosas historias y anécdotas que se multiplican, donde Norita, que era el personaje, se encargaba de que lo fuera cada uno, cada una de quienes reclamaban su presencia, su aliento, su acción solidaria.

Las madres inventaron lo inédito, hicieron de la Argentina un país otro, reescribieron la historia en un pañuelo que nació por miles y se tiñó de otras luchas. Y al horizonte de su búsqueda le sumaron la de sus hijos e hijas, identificándose en esa sensibilidad frente a las injusticias y abrazando aquel proyecto emancipatorio.

Las Madres extendieron solidariamente esa pregunta acerca del quehacer y esa extensión hacia lo colectivo, fue lo que les permitió construir respuestas que alojaron el dolor inconmensurable y fue un antídoto contra la paralización y el desaliento. Frente al absoluto silencio del poder concentracionario, frente a lo impenetrable de la búsqueda, frente a la falta de respuestas, fueron ellas quienes las construyeron. Y en ese movimiento se nutrieron también de la generosa entrega de sus hijos y de la nobleza de aquella –también generosa– causa.

Tal vez estos interrogantes que nos confrontan de manera renovada ante el mal y la crueldad, abonen a construir respuestas, pero al mismo tiempo nuevos interrogantes que de ellas resurjan. Paradojas, anversos y reversos del análisis de una realidad en la que, en una relación dialéctica hacia la lectura del mundo en que vivimos hoy, la figura de Nora ilumina esos caminos.

Si este mundo injusto, cada vez más atravesado por el avance de la técnica puesta al servicio del poder, es otro, será más injusto aún sin Norita. Las Madres nos mostraron el estatuto de su invención que, tal como dice el poeta: “son gritos en el cielo y en la tierra son actos”.

Para Nora

Recorriendo las imágenes que pueblan este libro se me impone una consigna que hace carne en la identificación, al abrazar las luchas de otros y otras, porque al hacerlo se nombran como propias. El dolor considerado “ajeno” deja de serlo para hacerse familiar, es el familiarizarse con la falta del otro. Es la proposición “todos somos...” que encarna la apuesta de aquella generación comprometida con la realidad de su tiempo, la de las y los treinta mil. Esa frase era, para Nora, una representación de sus elecciones, en donde ella, literalmente, “se ponía la camiseta” de esos otros padecimientos encarnándolos. “Todos somos...”.

Y en las fotos se imprimen, dedicados, esos reclamos colectivos en donde cada uno de ellos, con sus carteles y atuendos, se vuelven propios como conjuro de lo siniestro del mal que los aqueja, y es guion y relato vivo de cada uno de esos sufrimientos.

Para Nora, ese proceso de concientización implicó un recorrido que trastocó su vida y que se inició en su propia lucha junto a sus compañeras que acompañan e ilustran, en tanto ilustres también, esta publicación. Juntas idearon recursos trascendiendo las fronteras, para visibilizar lo que en la Argentina se pretendía ocultar. Así, se la ve junto a distintos artistas, referentes y líderes mundiales interpelando a la comunidad internacional sobre crímenes que le conciernen.

Porque los delitos de lesa humanidad lesionan, ofenden a la familia humana, por lo tanto, la involucran, y por eso conciernen a todos y todas. De eso supieron las Madres, de la imprescriptibilidad del delito, que al no tener vencimiento en el tiempo, continúa. Y por eso ellas también continuaron, infinitamente. Y las páginas de este libro, nos hablan de esa continuidad. Luchas que van y vuelven entre la tragedia propia y las otras que dejan de ser ajenas.



Y como en ese ir y venir de Nora, en el tren que la llevaba de Once a Castelar y viceversa, lo familiar se introduce en su vida en las escenas que lo ilustran, con sus nietos, con su familia, en la calidez de la cotidianidad de la vida, en la complicidad de los afectos irrompibles. Imágenes detenidas en poses dedicadas y sonrisas amorosas que envolvían una escena familiar muy ajena aún a la tragedia que la ensombrecería para siempre, en donde la mirada de Gustavo quedaría apoyada en el corazón de su madre, colgando de su cuello, en todas las búsquedas que, de allí en más, serían sin pausa, desde aquel 15 de abril de 1977, en que esa sombra oscura acechó para siempre la vida de Nora, y la de su familia. La desaparición de Gustavo, interrumpiendo su vida familiar con Damián y con Ana; y la de Marcelo, que se vio cercenada de hermano, de madre y luego de abuela. El recorrido de estas fotos es para Nora. Que sintió siempre allí una deuda pendiente en su vida, deuda impagable como aquella que denunció y sobre la que se formó para poder hacer de esa denuncia un fundamento.

Con Nora

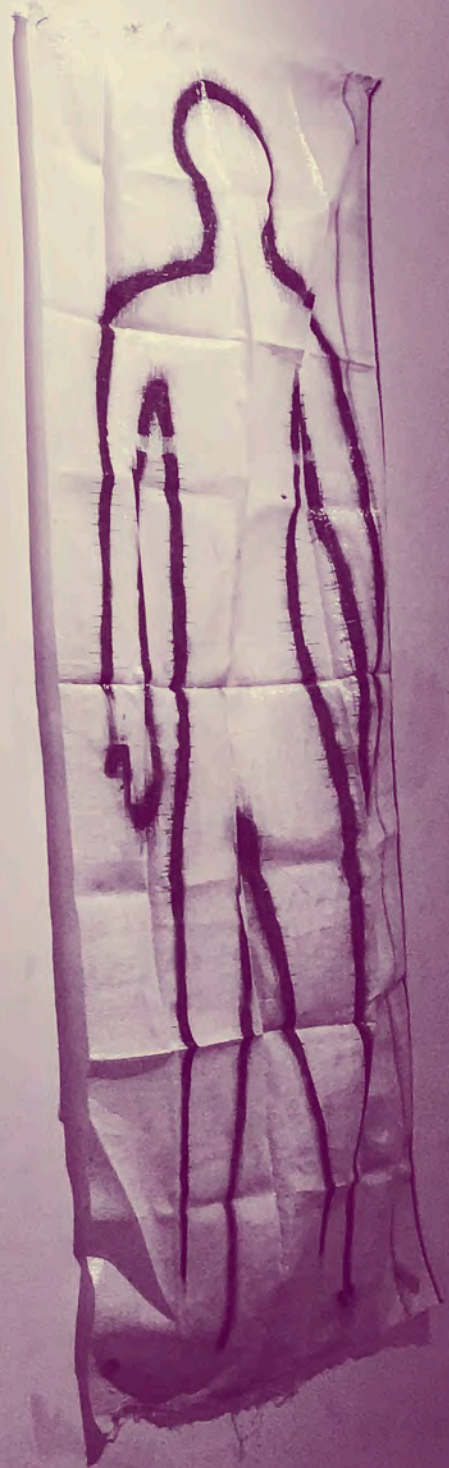
Con Nora aprendimos. Y seguramente ese aprendizaje tomó diversas formas en función de los actores involucrados. Y una de sus enseñanzas, atravesada por el espanto y la ignominia, fue precisamente acerca de la desaparición. “La desaparición es el crimen de crímenes”, nos decía, dando cuenta así de una contundencia que podemos leer desde dos perspectivas. Por un lado, como crimen mayor, como el paradigma del crimen, el crimen entre los crímenes.

Pero también podemos pensar otro alcance en esta conceptualización, en el que la proposición –“la desaparición es el crimen de crímenes”–, da cuenta del crimen que mata la muerte. La desaparición como la muerte de la muerte. Los propios desaparecidos decían: “los desaparecidos no están, no existen, no tienen entidad, no están ni vivos ni muertos, están desaparecidos”.

NN, *nomen nescio* en latín, *no name* en inglés, ningún nombre. Lo que los privó, a ellos y a ellas, y a sus familiares, del derecho a la muerte escrita, al nombre y a los ritos propios de la cultura para la tramitación de la pérdida y el trabajo del duelo.

Nora nos explicaba la desaparición en la definición de lo inexplicable. Lo insondable de esa metodología siniestra era descripto por ella como la búsqueda de esas hijas e hijos soterrados en el infierno. Desde lo incontrastable de su testimonio, ponía palabras a lo indecible para decir acerca del mal, del malestar en la civilización, de lo peor de la crueldad expresado en la condición humana a través de lo inhumano de las prácticas de los represores. La perpetuidad del delito acentuando la crueldad.

Nora nunca supo qué pasó con Gustavo. Y ante esas frases de los desaparecedores que nombraban lo innombrable de la desaparición, que nombraban la desaparición como una incógnita, como lo que no tiene entidad, como lo que no está ni vivo ni muerto, frente a lo perverso de la explicación matemática: “si el hombre apareciera tendría un tratamiento X, si la aparición se convirtiera en certeza de su fallecimiento, tiene un tratamiento Z, pero mientras sea desaparecido no puede tener un tratamiento especial, es un desaparecido, no tiene entidad, no está ni muerto ni vivo, está desaparecido; frente a eso no podemos hacer nada”, las Madres hicieron, Nora hizo. ¿Y qué hizo Nora? –que nunca supo nada de Gustavo–, siguió presentando *habeas corpus*, apelando a esa herramienta jurídica que apunta a tutelar los derechos fundamentales derivados de la vida y la libertad. E hizo de ese procedimiento un hecho político. Siguió pidiendo hasta el último aliento por el paradero de su hijo desaparecido. Porque el cuerpo unido a un nombre es un sujeto. Y con la desaparición se pretendió despojar a esos cuerpos de esos nombres. Así, las Madres hicieron de esa figura, la de la desaparición, la presencia permanente de una ausencia.



A Nora

Caminamos por la Plaza de Mayo con esos pasos que parecen entrenados allí para ir en ronda, como si las huellas que tus pies fueron marcando se multiplicaran en las de tus compañeras, constituyéndose en un sello histórico para esta sociedad, para este país, para este pueblo. Las huellas de la Plaza sobre esos pasos recaminados como si fuera necesario reafirmarlos cada vez de nuevo, nos dicen de esa invención.

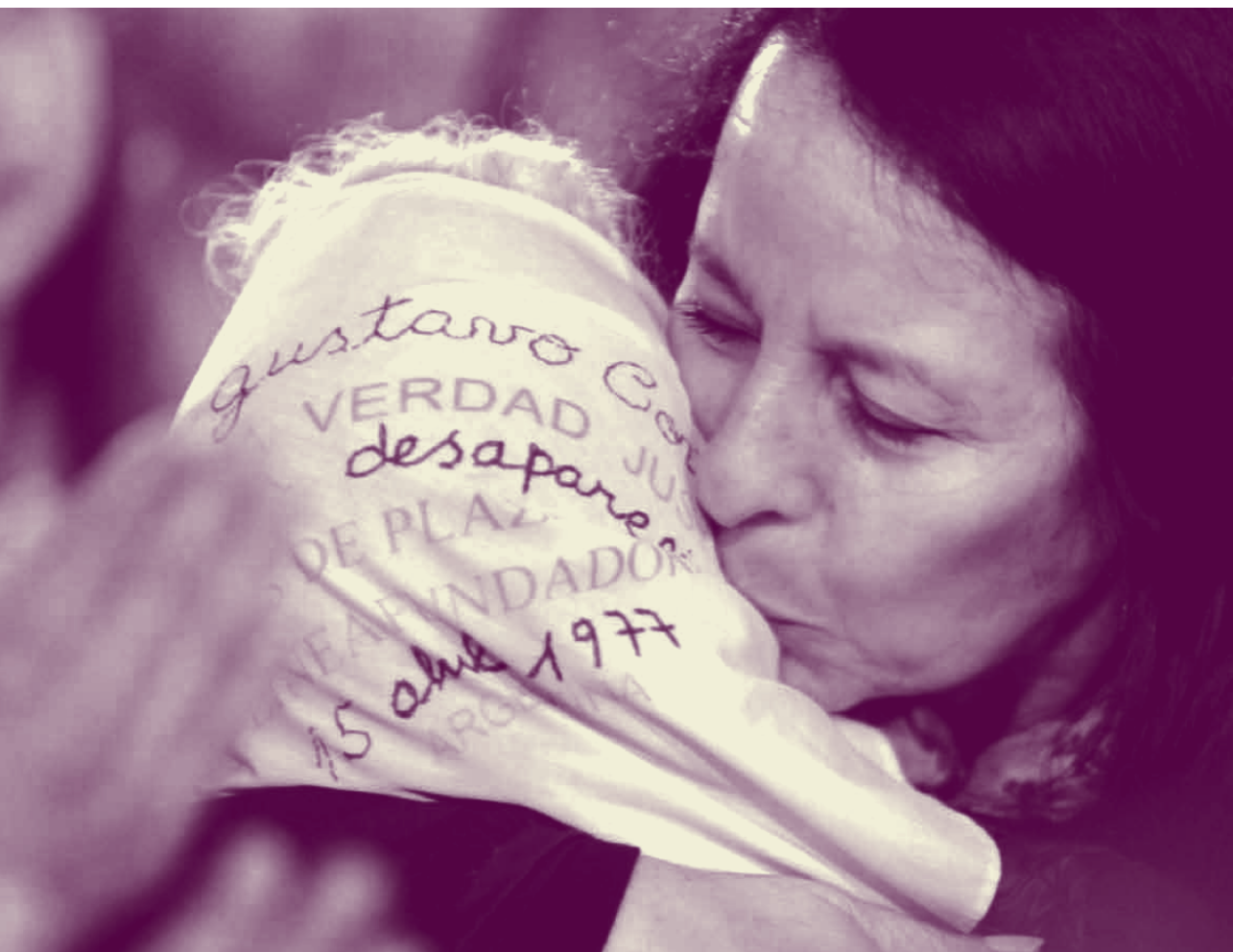
Qué sabiduría la de las Madres que recorren sus propios pasos como previniendo la falta de garantías ante el avasallamiento del poder, solo el no cejar jamás en la materialidad del compromiso y las convicciones indelebles en que te empeñabas vos y tus compañeras, son nuestro reaseguro, todo el tiempo. Porque hicieron del lugar que cada uno de sus hijos e hijas ocupó en el deseo materno, causa. Y de esa causa deseante, horizonte. Por eso esas marcas son imborrables.

Es la impronta de la dignidad. La misma con la que te ponías el pañuelo cada vez, con la mirada en alto y los principios intactos en el encuentro con tu hijo bordado en ese triángulo amoroso. Él, vos y el pañuelo. Símbolo ineludible de una heroicidad universal. Porque las Madres son heroínas, en tanto mujeres comunes que conjugaron un acto heroico. En la búsqueda singular, propia de cada madre, fundaron una acción colectiva, incomparable. Incomparable como vos Norita.

Poco antes de partir habías ido a un recital de la Delio Valdez, que disfrutaste mucho. “Mientras estaba allí me acordé mucho de vos”, me dijiste cuando me llamaste al día siguiente. ¿Por qué?, te pregunté. Porque todo el mundo bailaba, me contaste alegre.

Me encanta bailar, en mi próxima vida voy a ser bailarina, te respondí, en ese intercambio jovial con código de humor que compartíamos. Y yo te voy a ir a ver, contestaste enseguida. Norita, atesorar esa cita pendiente es el gran recurso para hacer frente a esta ausencia que nos resuena todo el tiempo también como presencia.

Mientras tanto, nos queda en el recuerdo de las andanzas aquel día en que harta, y ya en los rezagos de la pandemia, nos pediste que te fuéramos a buscar para llevarte a dar una vuelta en el auto. Pero no por Castelar, acá ya me recorri todo, indicaste. El paseo incluyó distintos lugares de la ciudad de Buenos Aires y luego, como si tácitamente supiéramos cuál era el nombre de la orfandad, fuimos a la Plaza. ¿Querés dar una vuelta?, te pregunté. Y fuimos del brazo a redibujar nuevamente la ronda que nunca había dejado de ser, como decía una de tus compañeras, un círculo de amor sobre la muerte. ★





EVAPUEST

FARMACIA LAS 24 HS.

CULTURAL INGLES DE SUDAMERICA

SUDAMERICA
NINDS
LESC
ULT

MADRES DE PLAZA

LINEA FUNDADOR



CARLOS GUSTAVO CORTIÑAS
15 DE ABRIL DE 1977





Norita va

DAMIÁN CORTIÑAS

A la ronda de la Plaza,
a pedir juicio y castigo,
con un nudo en la garganta
sin perdón y sin olvido, Norita va.

Donde hay alguna injusticia,
donde gana la impotencia,
donde hay desigualdades,
donde el Estado no llega.

A los barrios más humildes,
donde apremian las carencias,
cuando otra madre del mundo
necesita su presencia.

Contagiando su entusiasmo,
convenciendo voluntades,
reparando sueños rotos,
corrigiendo inequidades.

En las marchas de mujeres,
inventando los caminos,
referencia ineludible,
Será Ley y Ni una Menos.

Defendiendo con orgullo,
los derechos conquistados,
reclamando sin descanso
los derechos postergados.

Por docentes y estudiantes,
en escuelas y hospitales,
por las pibas y los pibes,
empleados, jubilados.

De mañana o por la tarde,
si es de noche o madrugada,
cuando sea, donde sea,
incansable, iluminada.

En el tren o el colectivo,
respaldando al laburante,
su figura se agiganta
caminando entre la gente.

Como un fuego permanente
de recuerdo y testimonio,
como llama incandescente
de esperanza y de futuro.

Contra vientos y mareas,
superando tempestades,
remontando adversidades,
renaciendo cada jueves.

Con la foto de Gustavo,
con su pañuelo bordado,
con su puño levantado,
de Amor Revolucionario.

Como guía, como faro,
con sus zapatos gastados,
con su fuerza y su sonrisa,
transmitiendo su legado.

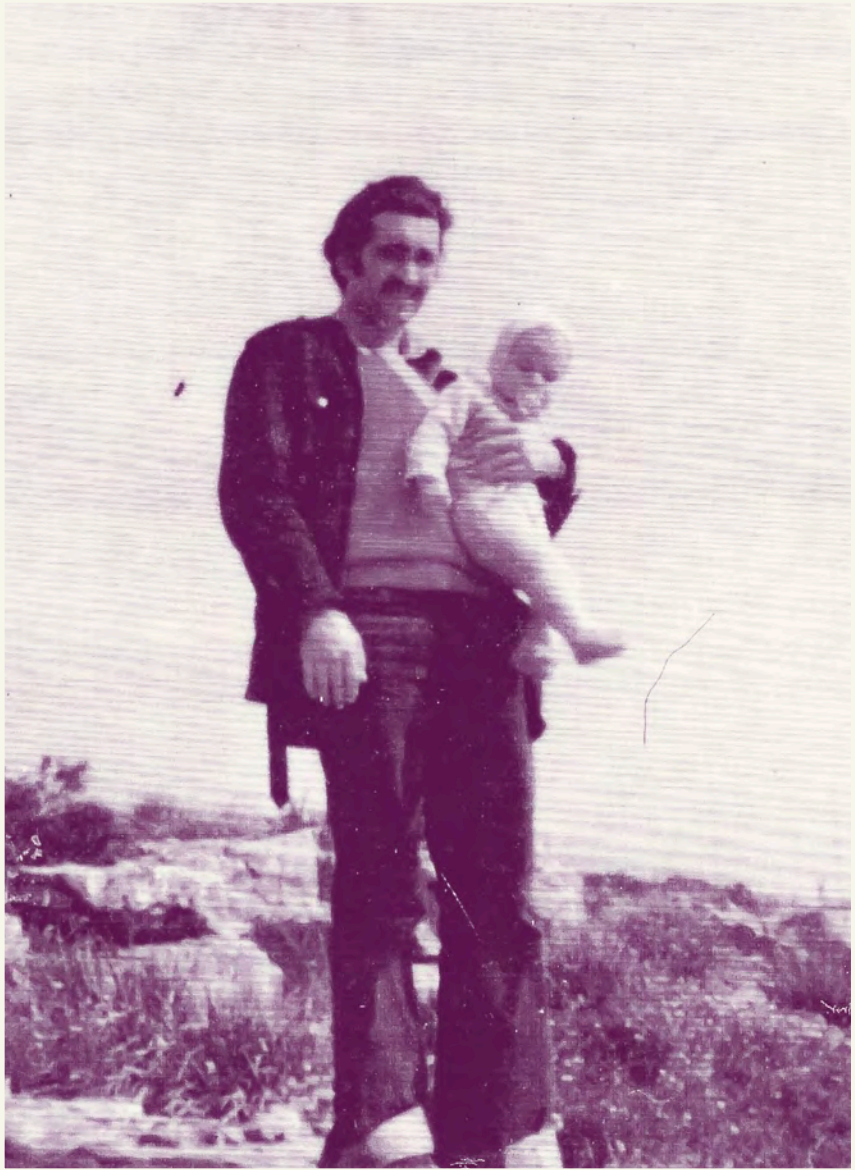
Referente, consecuente,
de mirada independiente,
levantando las banderas,
renovando las trincheras.

Ejemplo de resistencia,
de construcción colectiva,
con coraje y valentía,
inspirando rebeldías.

Con tu abrazo militante,
encendiendo dignidades,
con ternura ilimitada,
por la Patria Liberada.

De tu lado, de tu mano,
Madre de cien mil batallas,
heroína de los pueblos,
derribando las murallas.

Por tu lucha, ineludible,
construyendo identidades,
allá vamos, compañera.
Por los 30 mil presentes,
Memoria, Verdad y Justicia,
¡Hasta la Victoria, Siempre! ★

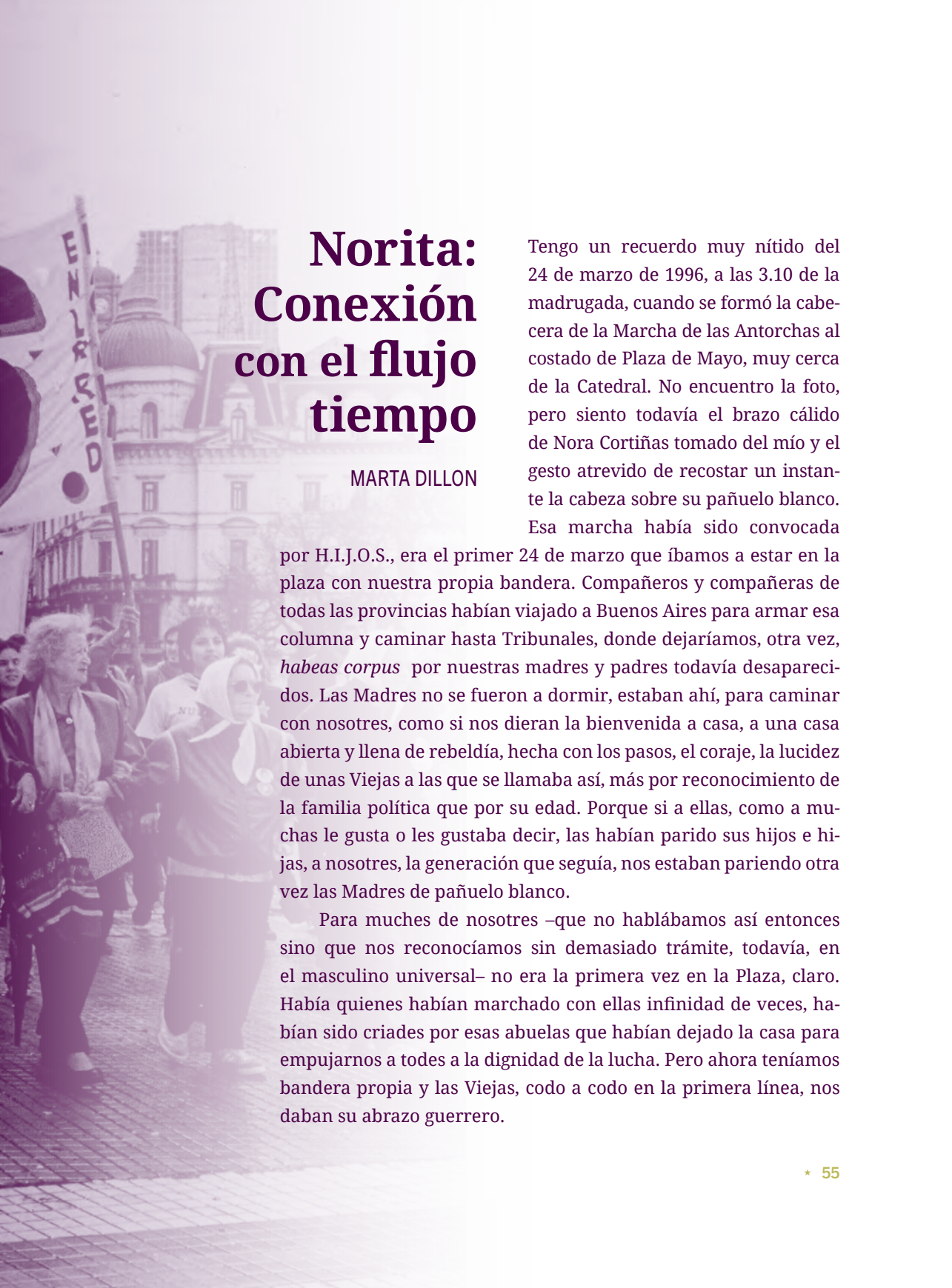






MADRES CON VIDA
DESAPARECIDAS
MADRES E PLAZA
MAD





Norita: Conexión con el flujo tiempo

MARTA DILLON

por H.I.J.O.S., era el primer 24 de marzo que íbamos a estar en la plaza con nuestra propia bandera. Compañeros y compañeras de todas las provincias habían viajado a Buenos Aires para armar esa columna y caminar hasta Tribunales, donde dejaríamos, otra vez, *habeas corpus* por nuestras madres y padres todavía desaparecidos. Las Madres no se fueron a dormir, estaban ahí, para caminar con nosotres, como si nos dieran la bienvenida a casa, a una casa abierta y llena de rebeldía, hecha con los pasos, el coraje, la lucidez de unas Viejas a las que se llamaba así, más por reconocimiento de la familia política que por su edad. Porque si a ellas, como a muchas le gusta o les gustaba decir, las habían parido sus hijos e hijas, a nosotres, la generación que seguía, nos estaban pariendo otra vez las Madres de pañuelo blanco.

Para muchos de nosotres –que no hablábamos así entonces sino que nos reconocíamos sin demasiado trámite, todavía, en el masculino universal– no era la primera vez en la Plaza, claro. Había quienes habían marchado con ellas infinidad de veces, habían sido criades por esas abuelas que habían dejado la casa para empujarnos a todes a la dignidad de la lucha. Pero ahora teníamos bandera propia y las Viejas, codo a codo en la primera línea, nos daban su abrazo guerrero.

Tengo un recuerdo muy nítido del 24 de marzo de 1996, a las 3.10 de la madrugada, cuando se formó la cabecera de la Marcha de las Antorchas al costado de Plaza de Mayo, muy cerca de la Catedral. No encuentro la foto, pero siento todavía el brazo cálido de Nora Cortiñas tomado del mío y el gesto atrevido de recostar un instante la cabeza sobre su pañuelo blanco. Esa marcha había sido convocada

“Cuando era niña soñaba con princesas, soñaba con llevar a mis hijos a la calesita. No era una revolucionaria como ahora. Mi nombre es Nora Morales de Cortiñas, pero todos me conocen como Norita”, se la escucha decir a esta mujer de 88 años, de figura tan menuda que no se puede esquivar el diminutivo. Con esa sonrisa que pocas veces se borra y esas piernas fuertes y morrudas que aun acompañándose ahora de un bastón no han dejado de caminar ni un solo día desde el 15 de abril de 1977, cuando el terrorismo de Estado secuestró y desapareció a Gustavo, su hijo mayor. De él no hay rastros, no se sabe dónde lo tuvieron secuestrado, no se sabe cuándo y dónde lo mataron. Se sabe, en cambio, que su madre lo acunó sobre su pecho hasta el último día de su vida, que la imagen de ese joven de 24, barbudo y con una chispa en los ojos que atraviesa la foto –unos ojos tan de Norita– acompañó a su mamá como siempre en el trayecto de la despedida, ese que, contra todo sentido de realidad, creímos que nunca sucedería. ¿Quiénes íbamos a ser cuando la potencia de Norita ya no iluminase las luchas, las huelgas, los conflictos populares? Ahora sabemos cuánta falta hace. También sabemos que sigue iluminando.

“Quiero que me recuerden como la que siempre estuvo”, dice Norita en uno de los audios que quedaron registrados mientras ella miraba las fotos, los recortes de diarios, las cartas y afiches que forman parte de su propio archivo. Y ese deseo está cumplido. Es la manera más rápida de identificarla entre las Madres, porque desmarcada incluso de lo que opinan o no sus propias compañeras, ella estuvo y está. Estará. En las marchas contra el gatillo fácil, denunciando la expropiación que significa la deuda externa, acompañando a docentes despedidos, a las fábricas recuperadas, a la lucha contra los agrotóxicos, la persecución a les migrantes senegaleses que venden en la calle, a la situación en los barrios vulnerados... el etcétera es tan largo que cada quien sabrá cómo completarlo porque quién ha militado por la justicia y contra la exclusión seguro tiene una anécdota para contar en la que ella está regalando fuerza con su sonrisa y su energía inacabable.



En el último Paro Feminista que estuvimos en la calle antes de la pandemia, el 8 de marzo de 2020, Norita estuvo en el escenario. Todavía no teníamos el aborto legal y tuve el honor de llevarla otra vez de mi brazo para subir con su pañuelo verde en la muñeca y el blanco tapando sus rulos ya casi del mismo color que esa tela blanca con el nombre de su hijo bordado. “Voy a decir que no nos invisibilicen más”, pero como siempre dijo mucho más, además del fragmento del discurso que le tocaba leer. Y nos dio la posibilidad de decir “¡Presente!” por las y los 30 mil desaparecidos y desaparecidas, de gritar con ella “Hasta la victoria siempre”, poniendo en esas palabras las luchas que nos atraviesan como pueblo y como entramado de generaciones que han hecho sus pactos por la Memoria, la Verdad y la Justicia.

Así era abrazar a Norita, como conectarse con el flujo del tiempo, de las voces y las luchas, de la intimidad de la casa y la intemperie de la calle. Un ida y vuelta en el que todavía nos sostenemos y nos alentamos, tiramos de la memoria colectiva como de una sog

de la que aferrarse en la corriente de lo que amenaza y resistimos, la precarización de nuestras vidas, la deuda omnipresente desde el inicio de la dictadura, la represión que no se desarticula y pega siempre sobre los mismos, sobre las mismas; la violencia machista cada vez más desnuda, la expropiación de la potencia de quienes hacen/hacemos los trabajos –ahora menos– invisibles de cuidado, la condena a nuestros placeres, a nuestras decisiones.



Foto: A. Lestibaud

“El aborto fue un tema difícil para las Madres. Éramos muy madres, tanto que marchar los jueves fue porque a una compañera muy católica y supersticiosa se le ocurrió que los días con “r” daban mala suerte, otra dijo que quedaban lunes y jueves y el lunes se descartó porque era día de lavar la ropa. Así de madres éramos”.

Pero Norita ya estaba en el Encuentro Nacional de Mujeres en 1989, para denunciar ahí, en ese lugar donde se empezaba a construir un feminismo popular y diverso, las torturas en las comisarias

a pibes, para decir NO también a la impunidad que se iba a consagrar el año siguiente con el Indulto de Carlos Menem a los comandantes de las Juntas genocidas que habían gobernado el país entre 1976 y 1983. Ese era su escenario también, y ahí estaban sus compañeras. Ahí buscaba compromiso y acción y no solidaridad, porque la violencia institucional y la impunidad del terrorismo de Estado nos atravesaba a todas.



Muchos años después de ese primer Encuentro, cuando ya empezaba a dejar de ser solo de Mujeres y se abría por pura prepotencia de las travestis a otras identidades, Norita participó en un taller de sexualidad. Lo contó en un encuentro de Varones Antipatriarcales un poco antes de los años pandémicos. Dijo que se sentó en el aula –los talleres casi siempre son en aulas escolares y hacen su propia pedagogía– con curiosidad y empezó a escuchar a unas chicas lesbianas hablar de sus prácticas sexuales. Tenía el pañuelo puesto y, mientras las oradoras avanzaban en su relato,

ella empezó a jugar con el nudo que lo ajustaba bajo su mentón. Lentamente se lo fue sacando. En esa conversación, dijo, se sentía mejor con los rulos al viento. El auditorio estalló de risa. Ella también, feliz de ver el efecto de su travesura.

Dije que abrazar a Norita es conectarse con el flujo del tiempo y de las luchas. No es suficiente, abrazarla era confirmar que una está en el lugar correcto. En donde quisiera quedarse si se pudiera tener una entrega a les demás del tamaño de la que ella tenía. Esa energía es la que brindaba en cada abrazo y en cada presencia al lado de quienes la necesitaban para encadenar sus demandas a las demandas de otras generaciones: la que fue masacrada por imaginar un mundo más justo, la que salió a la calle para pedir Justicia por ellos y por ellas y así construir pertenencia para todos, para todas.

Dejar la casa

Nora mira las fotos de su archivo, ni ella misma sabía que tenía tantas. La memoria va y viene, las imágenes que tiene delante la retratan de niña, con sus padres llegados de España y huyendo de la guerra, con las cuatro hermanas –cinco con ella– que se sentaban a la mesa cada mediodía y cada noche para “cargar” al padre por ser el único en ese gineceo. “Yo lo hacía reír mucho a mi papá, porque soy Aries, de la línea de fuego. No de aire ni de agua, de fuego”. Qué alivio que esté grabada tantas veces esa voz desobediente que tenía, qué privilegio escucharla relatando intimididades frente a las imágenes de su vida.

Una ternura particular acude cuando Norita habla como si se sacara el pañuelo, cuando se ríe frente a las fotos que le encantan, porque se ve fresca, porque se ve joven, porque el terrorismo de Estado no desgarró todavía su vida y a su familia. Hay una foto en particular que se queda mirando, está haciendo la vela, esa postura de yoga que no recuerda cómo aprendió



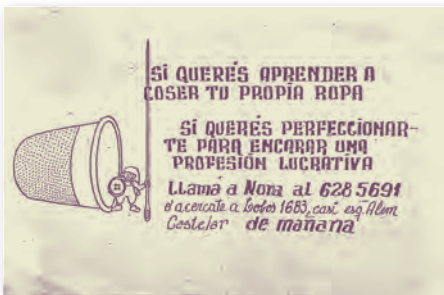
en 1948. Claro que no soñaba con ser revolucionaria, apenas le alcanzaba la ilusión para conquistar a ese hombre de “hermosos ojos variables”. Ojos que cambian con la luz, pero según ella, también con los estados de ánimo. Norita los vio oscurecerse de dolor y de miedo después del secuestro de Gustavo, por el hijo y también por su esposa, a quien de un día para el otro dejó de ver porque se despertaba antes que nadie y volvía cuando ya estaban durmiendo.

“Fue un gesto feminista, porque nosotras, todas, dejamos la casa. Yo la dejé, no tuve ninguna duda, sabía que tenía que salir y lo hice sin consultar. Con los años me doy cuenta de que ese gesto es feminista porque entonces no sabía ni qué era ser feminista. Creía que era estar en contra de los hombres. Y yo tenía dos hombres en mi casa.”

Norita definía su casa, la que construyó con su marido y con ayuda de las familias de ambos, como una “casa patriarcal”. El marido trabajaba y aportaba el salario, ella se quedaba adentro “con los trabajos invisibles de las mujeres”. Daba clases de alta costura y también cosía para otras. Cuando tuvo que dejar esa casa, igual siguió atendiendo a los suyos. “Esa doble vara”, dice ella para describir el levantarse a las seis de la mañana para dejar el guiso hecho a las ocho y poder partir a reclamar por su hijo primero, por los hijos y las hijas de todas las Madres después. Que empezaron a dar vueltas a la Plaza de Mayo quince días después del secuestro de Gustavo Cortiñas.

“Algunas no sabíamos nada, otras venían de experiencias más formadoras. Había quien había escapado del nazismo, otra madre que había sido sindicalista, aprendimos unas de las otras y

nos organizamos sin tener del todo claro nada más que la necesidad de tocar todas las puertas. Hacíamos cartas y las llevábamos, confiábamos en nuestra capacidad de demandar, en que éramos madres con pañales en la cabeza porque algunas se habían quedado con bebés a cargo. Los padres colaboraban, pero no hubieran podido hacer lo mismo que nosotras. Yo no tenía miedo, tenía solamente miedo de que lo que yo hacía pudiera perjudicar a Gustavo”.





LAS MADRES, a documentary film by Susana Munoz and Lourdes Portillo.

A First Run Features release. (212) 243-0600

Sin embargo, la represión también se ensañó con ellas. De Azucena Villaflor, Norita guarda recuerdos queridos y también dolorosos. “Era una líder natural, para nada autoritaria ni personalista. De alguna manera sabía lo que teníamos que hacer, y era no quedarnos solas con el dolor, ir todas juntas y por todos nuestros hijos”. ¿Tenían conciencia de lo que podía pasar? Sí, trataban de no hablar por teléfono, de no irse solas a sus casas aunque a veces no quedaba otra chance, porque una vivía en Avellaneda y ella, por ejemplo, en Morón. Y no se podía avisar si no se llegaba, así que Norita volvía, a la hora que fuera pero volvía. No quería que su marido y su hijo se preocuparan. Además, en su casa, después del secuestro, vivían también su nuera y su nieto Damián. “Después del secuestro de las Madres en la Santa Cruz y de Azucena Villaflor no nos detuvimos, al jueves siguiente estábamos otra vez en la Plaza”.

Viajar, aprender

El primer viaje que le tocó a Norita fue a Chile. Quería hacerlo, pero a la vez no sabía cómo decírselo a su esposo. Fue María Rosario, otra Madre, la que le dijo a Carlos Cortiñas que había sido elegida para ese viaje. “Fue un momento violento pero educado”, dice ella en la entrevista donde reflexiona recordando detalles que quedaron fuera de las fotos de su archivo personal. “Un momento contenido”. Su generación, y ella lo sabe, tenía que hacer equilibrio como todavía lo seguimos haciendo todas, con más respaldo, con más feminismo cuidándonos las espaldas, con la experiencia de las Madres sosteniéndonos. “No pedí permiso, era avisar. Pero a la vez, pedí permiso”.

Y no cuenta si el permiso le fue concedido, pero lo tomó lo mismo, tal vez aprovechando esa contención, esa educación a la que alude. Después siguieron otros, muchos. A Italia y Francia con Renée Epelbaum, con quien fueron a ver a Juan Pablo II. La imagen que capturó ese encuentro es elocuente: Norita con los ojos bien abiertos, la boca y las manos en el gesto de increpar, de pedir escucha, atención. Su compañera, más modosa y sin pañuelo, expectante. A Renée, o Yoyi como le decían, le habían secuestrado tres hijos. Ella había intentado protegerlos llevándolos a Uruguay, no fue suficiente.





“Yoyi hablaba en inglés, por eso fue la primera que empezó a viajar, hasta que nos dimos cuenta que podíamos tener traducción”. Ese derecho inalienable para quienes van a los países colonialistas a buscar apoyo para sus causas. Porque no se puede estar hablando todo el tiempo la lengua del amo. “Yo soy más... no sé cómo decirlo... más expresiva, más insistente”, dice Norita de sí misma.

Los viajes la educaron, dice, como latinoamericana, como latina –reconociendo a su padre y su madre migrantes españoles–, como observadora de la pobreza en el mundo, del dolor del mundo. “Y a la vez, en el lugar más extremo, como Haití, de pronto aparece una pelota y los niños juegan y se ríen”. Ese es el gesto que ella conservaba, esa capacidad para la empatía, esa capacidad para conservar una sonrisa inoxidable que sabe ver el contraste con la muerte y quedarse de este lado, del lado de quienes insisten en la lucha y también en el juego de pelota.

“Lo que me hacía muy mal era el lujo. Íbamos a contar nuestra historia, a pedir apoyo internacional, a promover juicios internacionales. Pero nos hospedaban en hoteles de lujo, íbamos a congresos y foros en los que hablábamos de miseria, pero comíamos bien. Eso siempre me hizo mucho mal. Pensaba en Gustavo, en su amor por los chicos de la Villa 31, donde estaba el padre Mugica, no sé si a él le hubiera gustado. Nosotras, en esos viajes, también aprendimos a convivir con los dolores que nuestros hijos e hijas vieron”.

Pero es un alivio verla posando frente a paisajes y monumentos, en Roma, en Moscú, en Nueva York y Washington, en Haití, en India, en Cuba, abrazada a Fidel, en Venezuela, donde recibió los honores de Chávez. En todas las fotos Norita alumbra con su sonrisa. Que haya sentido placer, curiosidad por otras geografías, un mimo para ese cuerpo que aguantaba el cansancio hasta quedarse dormida en algunas charlas por una urgente necesidad de recuperar energía. Todo eso es un alivio y una alegría. Y **la alegría y la lucha, ella lo muestra todo el tiempo, necesitan ser mejores amigas.**



Desmarcada

Cuando las asambleas feministas se ponen peliagudas, desde el colectivo Ni Una Menos solíamos llamar a Norita. Era una manera de ubicarse, de refugiarse también. De saber que es posible encontrar la manera de esquivar las pequeñas disputas partidarias para imaginar un movimiento que las supere. Norita siempre se mantuvo al margen de las disputas por posicionamientos coyunturales. No se la vio nunca en el escenario montado por ningún gobierno. Es un compromiso que tomó apenas terminada la dictadura, ese final que no recuerda aunque lo intenta en la entrevista que le hicieron para acompañar el cúmulo de imágenes de su archivo. “¿Cómo puede ser que no me acuerde de ese día? Tendría que hablar con María Rosario”, dice como para sí misma pensando en aquella Madre que un día enfrentó a su esposo, no para pedirle permiso sino para anunciarle que su esposa se iba a ausentar más todavía de la casa. También, piensa a veces en esa entrevista, que tendría que haberle preguntado a Juanita, la hermana que la visitó y se quedó con ella en su luna miel en El Tigre porque la extrañaba. La memoria nunca es individual, es un diálogo, un coro de voces que se entrelazan.

Norita volvió a esa casa cerrada y patriarcal de la que ella hablaba, no era la misma, pero la pandemia la obligó a quedarse adentro. Queda imaginar que ese tiempo haya sido de descanso, de acumular otras fuerzas, de cuidar sus plantas, de estar con les nietes. Es tanto lo que le debemos que si no hubiera habido una emergencia sanitaria mundial, tendríamos que haber buscado la forma de que ella no se sintiera en la responsabilidad de salir una y otra vez a reclamar, a grabar un video o tomar del brazo a quien necesitaba fuerza para caminar.

Contra la impunidad del terrorismo de Estado, contra la impunidad del aparato represivo que siguió matando y descuenta pibes como si no valieran, contra la violencia machista y patriarcal, ahí estuvo ella, Norita, inoxidable. Marchando contra la deuda en los 2000 y marchando con la consigna feminista “la deuda es con nosotres” en 2020, ahí estaba ella. Y donde esté, habrá que estar también. También para despedirla entre cantos y flores, con el corazón hecho una cascada de lágrimas, con el miedo de quiénes seremos en su ausencia que todavía es una incógnita. Porque es ahí donde ella estuvo, en la estela de su vida, donde cueste lo que cueste, crecerán mil flores. ★











Un nudo en el pañuelo para seguir cantando

SABRINA G. MELO BÖLKE

Quizá no sea yo quien deba escribir estas palabras. Quizá, luego de esta narrativa testimonial, íntima, otra voz deberá validar si estas líneas, como lágrimas sentidas, condicen con la dureza con que este presente nos devuelve la mirada, cual espejo, de un tiempo que creímos pasado, reflejo de la época más oscura de nuestra historia.

Norita y yo nos conocimos como manda la militancia, en la calle. La Madre de todas las luchas estaba ahí, inmaculada, sobre su trono de ruedas, tan aferrada a la vida como a la lucha. Y ahí estaba yo, mirándola, muerta de frío en el crepúsculo de la noche neoliberal del año 2015. Ella era la síntesis de muchas cosas. En aquella época muy *poques* vestíamos un pañuelo verde en el cuello, y todas juntas, jóvenes, adultas y viejas, apenas éramos un puñadito.

Como sucede tantas veces con las personas a quienes se admira, yo no me acercaba a ella por miedo, por respeto; por no saber qué decir ante la oportunidad de robar la escucha de la Madre que tanto me inspiraba, y aún hoy, a seguir luchando.

Desde hacía algunos años venía creciendo mi amistad con Pili y Poti Rey, sobrinas nietas de Norita. La lucha por los derechos humanos, la diversidad sexual y los feminismos nos encontraba en la calle, ese lugar que hermana y empareja a todes aquellos que sentimos este mundo tan injusto que soñamos hacerlo mejor que el que nos vio nacer.

Para mí, mujer trans, lesbiana, pingüina, hija y nieta de militantes perseguidos durante las dictaduras cívico-militares del 1955 a 1983, la lucha es una cita de todos los días, y fue así como uno de los tantos días que nos encontraba en la calle, me vi invitándole un caramelito que me dio Tere, quien la estaba cuidando y acompañando –o tal vez era ella, Norita, quien nos cuidaba acompañándonos a todes ahí.

Para aquel entonces yo ya militaba orgánicamente en la agrupación H.I.J.O.S., y si bien era habitual cruzarnos al compartir diferentes espacios, entre charlas, homenajes, tomas, marchas, escenarios, mesas, no fue esto lo que nos unió. No podría decir concretamente qué ocurrió, pero el amor, seguro.

Un caramelito, las charlas sobre qué estaba pasando en el mundo, nuestras historias, el paraguas bajo la lluvia, el Off en el verano, y el cuidado del bastón –que no quería que se lo sostenga cualquiera. ¡Era su bastón!–, fueron el inicio de un vínculo de amor y cuidado junto a Tere –quien me acercó a ella en una primera instancia– y Kari, quien siempre me abrió su abrazo y cariño en las Rondas de los jueves y tantos actos compartidos.

Hacia comienzos de año, habíamos ido a merendar con Norita y Elia Espen. Ellas acostumbraban ir a una confitería luego de las rondas de los jueves. Era una ceremonia entre ellas y el gran grupo de siempre compuesto por compañeres, sobrevivientes, familiares y amigos. Era un ritual. En ese momento le consulté si tenía la camiseta o era socia. Norita me contestó que la quería, y que estaba algo “molesta” porque a otra Madre se la habían dado, y a ella no. A veces una se olvida que las Madres son tan sencillas y mundanas como cualquiera; y quizás la grandeza radique en la humanidad con que ellas, y en este caso Norita, han hecho cosas extraordinarias desde esa misma humanidad tan permeadas por las dificultades o las limitaciones que tiene cualquier persona.

La historia podría haber continuado o concluido ahí, pero la vida de les militantes suele tener reveses.

A fines de febrero de 2024, Norita me pidió que la acompañara a la exESMA, a la asunción de las nuevas autoridades del IPPDH (Instituto de Políticas Públicas de Derechos Humanos del MERCOSUR) Por supuesto, la acompañé.

Recuerdo ese día, nítidamente, el calor, el cuidado con la rampa empinada del edificio, el repelente para los mosquitos, anudarnos juntas el pañuelo blanco, símbolo de las abuelas, de las Madres y les H.I.J.O.S. y entrar al salón.



Estuvimos presentes y cantamos *La cigarra*; hasta hay un video de ello. Sobre el final, antes de despedirnos, acordamos vernos durante los siguientes días en su casa para merendar y comer churros, pero yo no llegaría a la cita.

El 5 de marzo por la noche, al regresar de mi trabajo, una patota de encapuchados me estaba esperando dentro de mi casa. Me torturaron, me abusaron y rompieron gran parte de mi casa. Me atormentaron por casi una hora. Fue una hora en el infierno. Amenazas, golpes, patadas, rotura de muebles con sus armas apuntándome a la cabeza. Sinceramente, sentí que no iba a poder contar lo que estoy narrando y que mi vida iba a terminar esa noche.

Cuando se cansaron de golpearme y romper cuanto quisieron, me ataron con alambres de pies y manos y me pusieron vendas en los ojos y en la boca, mientras decían: “no llores porque te mato”, “ves lo que te pasa por hablar”, “¡no hables más, la puta que te parió!” Fue imposible que no se me cayeran las lágrimas, no solo por el dolor y la impotencia, sino por la soledad que sentí en ese momento. Aun así, les dije antes de que me vendaran: “yo no me voy a morir llorando”. Pensé que me llevarían a algún lugar, pero me dejaron tirada ahí mismo, con una capucha en la cabeza. Lo último que me dijeron fue: “callate la boca y portate bien“, “vos volvés a hablar, y te juro que voy a volver con mis amigos”.

Pasaron alrededor de 15 minutos para sacarme las ataduras de las manos y comprobar que estaba encerrada, presa bajo llave en mi propia casa. Grité y pedí ayuda por el ventiluz del baño que daba a la calle. Al poco tiempo vino la policía y tirando la puerta abajo lograron liberarme. Recién, al observar los destrozos, advertí que antes de irse dejaron la pintada en mi habitación que decía “VLLC” (Viva la libertad carajo).

* * *

Los días siguientes viví escondida en diferentes lugares para resguardarme hasta poder salir de Capital Federal. Exiliada y refugiada en la ciudad de Río Gallegos, no sabía bien cómo seguir o qué hacer con lo que me estaba pasando, pero sí tenía claro algo: el 22 de marzo era el cumpleaños 94 de Norita y estaba gestionando regalarle la camiseta de Boca.

En ese sentido, esta hinchada de Racing –aclaro por las dudas– no podía quedarse sin hacer nada. Así pues, intentaría por todos los medios gestionarle la tan ansiada camiseta.

Con el pasar de los días en la clandestinidad, mientras la fecha se acercaba, el solo hecho de pensar en cumplirle lo anunciado me devolvía una sensación de alivio que me abrigaba mi soledad.

Ese alivio se perdió cuando los poquísimos compañeros que sabían cuál era mi situación, me preguntaron cómo iba a decirle a Norita que no iría a entregarle en persona la camiseta.

Mientras tanto, la Red Nacional de H.I.J.O.S. (Hijos, Hijas, e Hijes por la Identidad, la Justicia, contra del Olvido y el Silencio) continuaba debatiendo si hacer público el ataque o no, de qué modo, con qué precauciones. Aun teniendo la experiencia de una organización con 29 años de lucha contra la impunidad, este tipo de ataque era algo nuevo, y a tal punto inesperado, realmente no sabíamos cómo encararlo, qué decir públicamente y qué no decir. Si decíamos algo, teníamos el temor de exponernos; si no lo decíamos, confirmábamos que lo estábamos.

Agustín Cetrángolo, mi hermano de la vida y de la agrupación, me sugirió la máxima reserva. Él, junto a José “*El Pola*” Dabrowski (otro compañero de la agrupación), se encargaron de la camiseta.



Por mi parte, yo seguía con el dilema interno: cómo decirle a Norita, o a Pili y Tere, que no estaría allí el día de su cumpleaños, callando la verdadera razón. Bastante había sido mi ausencia desde el 5 de marzo que no asistí a las marchas por el 7M, día de la visibilidad lésbica, ni del 8M, Día Internacional de la Mujer Trabajadora, ni del 11M, aniversario de la desaparición de Tehuel de la Torre, ni a las vigiliass que anteceden a cada una de estas efemérides.

Después de mucho pensarlo, solo atiné a comunicarme con Pili para contarle la situación y pergeñar el mejor modo de decírselo a Nora. Me dijo que hablara con Tere y le contara sin reparos lo sucedido. Tere me contestó: “digámosle toda la verdad”.

Decirle a Norita que una compañera había sido secuestrada y torturada no era fácil. Nora, que se convirtió en “Norita” en el transcurso incansable de la búsqueda de justicia por la desaparición de su hijo, Carlos Gustavo Cortiñas, detenido desaparecido el 15 de abril de 1977. ¿Cómo contarle el infierno que había vivido yo aquel 5 de marzo? ¿Cómo decirle que no iría a su casa porque lo que creímos que Nunca Más iba a repetirse, estaba sucediendo? ¿Cómo contarle sin que la afectara a sus 93 años tras cincuenta años de lucha? ¿Cómo no contárselo? ¿Acaso sería mejor ocultárselo? “Y si se enteraba por la televisión –pensé– ¿qué sería de nuestra confidencia, de nuestro cariño, de nuestra lealtad?”.



Fue entonces Tere quien se lo dijo. Al enterarse, Norita no dudó un instante. Inmediatamente ordenó lo que hasta ese momento nadie había podido, para, una vez más, sorprendernos a todos. Se comunicó con Myriam Bregman y otros referentes de derechos humanos. La noticia ya circulaba en diferentes ámbitos, dado que lo inusual del hecho hacía que se filtrara la información por canales extraoficiales. Aun así, Norita ordenaba.

Debo decir que desde diferentes espacios hubo presiones varias para salir y denunciar el hecho, como también para no hacerlo o para decirnos dónde hacerlo, con quién o hasta cómo hacerlo público. Sin embargo, sino hasta cuando Norita lo supo y se hizo presente que las dudas y titubeos por el “cómo, dónde, cuándo, con quién”, se acabaron.

No estás sola

A pocos días del 24 de marzo, a 40 años del retorno a la democracia, con la represión aún fresca de la protesta contra la Ley Ómnibus del gobierno electo de Javier Milei y su vicepresidenta, Victoria Villarruel, reivindicando el accionar represivo de la última dictadura cívico-militar, no hacer público el ataque, no era opción.

La noche anterior al anuncio del comunicado de H.I.J.O.S., Tere y Norita me enviaron un audio diciendo: “¡No estás sola! Luché siempre con la cabeza y el puño en alto contra cualquier infamia. ¡Dale, no estás sola!”.

La mañana del 21 de marzo, finalmente, la Red Nacional de H.I.J.O.S. hizo pública la situación que estábamos atravesando, la cual profundizaba los rasgos más oscuros y perversos del terrorismo de Estado. ¡Qué injusticia pensar que una Madre esté nuevamente pidiendo justicia en la calle por otra hija, más aún, que fuera Norita! ¿Pero quién más, si no?

Norita y Tere me escribieron todos los días, me mandaron audios y fotos para darme fuerzas en esas horas tan oscuras.

El 22, Norita cumplió 94 años y lo celebró junto a los suyos y, como me prometieron mis compañeros, recibió su camiseta de Boca con un 94 y su nombre grabado en la espalda.

Ver las fotos de ella con su regalo fue una caricia al corazón: ella quería su camiseta, yo quería regalársela. Al ver cumplidos nuestros deseos, sentí que les había ganado a los monstruos.

A pesar de todo lo que estaba pasando, a pesar de estar a miles de kilómetros, algo de lo que deseábamos nos estaba encontrando.

Luego de esa jornada, Norita comenzó a sentirse mal, a tal punto que casi decide no ir a la marcha del 24, pero si finalmente se sobrepuso, creo que fue por todo lo que estábamos atravesando.

Aún recuerdo de ese día, su saludo y cariño, y el pedido de justicia en la voz de Taty Almeyda, Madre de Plaza de Mayo, Línea fundadora, en el escenario central.

La imaginé saliendo de Plaza de Mayo hacia el exCCDTyE “Club Atlético”, donde solía culminar su jornada histórica cada 24 de marzo.



Llegando al mes de mayo, algo en mi corazón me dijo que debía volver a Buenos Aires, y así lo hice. Al llegar, viví clandestina y refugiada en diferentes casas y hoteles de la ciudad para extremar las medidas de seguridad. Estando alojada en un hotel del barrio de San Telmo, me desperté una mañana con la noticia del triple lesbicidio en Barracas, a solo 15 cuadras de donde me encontraba.

La lucha me devolvió nuevamente a la calle y ahí, como siempre, en la calle y en la lucha –como no podía ser de otra manera–, me reencontré con Norita y con Karina en las marchas por pedido de justicia y en defensa de la educación pública.

Pocos días después, Norita comenzó a sentirse mal nuevamente, por lo que no asistió a la Ronda de los jueves, pero me pidió que fuera a visitarla a su casa y que le llevara “unos churros calentitos, sin dulce de leche”, me dijo.

Así fue como el 16 de mayo tomé el tren Sarmiento rumbo a Castelar, y le llevé sus churros preferidos. Merendamos, tomamos un té, unos mates con churros, compartimos nuestros libros, hablamos, como hablan una madre y una hija, y de todo lo que estábamos viviendo.

Siempre supe que el cariño que nos tenemos con Norita no parte desde nuestras militancias orgánicas como Madres e H.I.J.O.S. (quienes conocen más a fondo nuestra historia sabrán que, tanto Norita como H.I.J.O.S., ambos, sufrieron más de un dolor de cabeza por diferencias coyunturales y algunas cuestiones personales que no vienen al caso, ¡pero no es menor dejarlas de costado!), sino que nuestros pañuelos blancos se anudaron al reconocernos en la calle compartiendo las mismas luchas y los mismos ideales.

Al finalizar la merienda, nos sacamos una hermosa foto, y me dijo, agarrándome del brazo: “no creo que llegue a leer tu libro...”. Miró alrededor –la casa estaba llena de libros–, y luego hizo un silencio.

En ese momento comprendí que se estaba despidiendo y la abracé con todo el amor que sentía por ella. Le agradecí y crucé el portón entre lágrimas diciéndole: “Hasta mañana. Mañana es

jueves, nos vemos en la plaza”. Cerré los ojos y caminé hasta la estación de Castelar escuchando *La razón de vivir* de Mercedes Sosa. A las pocas horas internaron a Norita en el hospital de Morón.

Lo que todes temíamos estaba sucediendo. Lentamente, Norita nos estaba dejando. Hasta que el 30 de mayo, la Madre de todas las luchas, nos abrazó para siempre y pasó a la inmortalidad. Sentí que el invierno se adelantó 21 días. Algo más que una madre se iba: nos dejaba. Me sentí huérfana. Ese jueves de mayo no fue como los demás, y ya nunca más los jueves de las rondas serían lo mismo.

Nos abrazamos y me dijo

Cuando llegué a Mansión Seré, lugar de la despedida, en mis auriculares, sonaba el tema de Tango y Pedro de la película *Tango Feroz*. Lo resalto porque me ayudó a llorar. Nunca fui buena para llorar y menos en público, pero ese día sentí la necesidad terrible de poder expresar todo el dolor y la angustia que sentía.

Al llegar me encontré con Diega Belaunzarán, con quien recuerdo, nos abrazamos y entramos juntos.

Antes de entrar, recuerdo que miré mi pañuelo blanco, y al anudarlo me sentí muy huérfana en la lucha, algo me faltaba ahora, nos faltaba a todes. Pero lo anudé y con mucha angustia entré “para seguir cantando”.

A los pocos metros me encontré con Pili, nos miramos, nos abrazamos y le dije que no quería verla en un cajón. Ella me dijo que pensaba lo mismo, que no era justo que nos hiciéramos eso.

De un momento a otro logré divisar a Cecilia Mac Cormarck, gran amiga y compañera de trabajo durante muchos años en la exESMA. Nos abrazamos como si la soledad del mundo estuviera por destruirlo todo. En ese momento sentí otra mano. Era la mano cálida de Myriam que me sonreía. Nos abrazamos y me dijo: “estuve con Norita mientras estaba internada. Lo último que me pidió fue que te cuidara. Eso fue lo último que me dijo”.

En ese momento lloré como si tuviera cinco años. Sentí el vacío, la tristeza, la ausencia, la partida, pero la caricia tibia de la mujer que me inspiró toda mi vida, el registro del amor incluso en el final, la felicidad por haber podido ser parte de la historia, quizás una mínima parte, apenas una puntita en la historia de la mujer más maravillosa que conocí en la vida.

Tal vez yo no sea la persona indicada para escribir un artículo en la memoria de semejante mujer. Pido disculpas por no estar a la altura de muchos que seguramente sí puedan contar tantísimas anécdotas y testimonios. Solo puedo decir que como hija, como mujer trans, lesbiana, militante, trabajadora y estudiante, Norita es y seguirá siendo el norte humano, social y político. Igual que para les muchos que decidimos andar los caminos de la política y el compromiso para con les más vulnerables, para aquellos que no negociamos, que vamos a las concentraciones de las grandes y pequeñas causas –las que no son televisadas por los grandes medios de comunicación–, Norita es y seguirá siendo nuestro norte.

Según me contaron, después de esa charla con Myriam Bregman, Norita se durmió y no despertó ya más. Ella le pidió que me cuidara, ese fue su último pedido, su última voluntad. Quisiera dejar grabado mi deseo, un deseo para la posteridad: como mujer trans quisiera que mi vida no acabe antes de mis 40 años. Quisiera llegar a los 90 caminando, aunque sea con bastón. Poder hacer anudando mi pañuelo blanco en el cuello, y el verde en el puño, para seguir cantando, para ir a todos los colegios y los clubes, que me regalen una camiseta de Racing, y decirle a los poderosos, que las personas comunes y pequeñas –como Norita–, en esos actos de resistencia cotidiana y de amor, son los tornillos que ajustan al mundo para que la injusticia y el odio no nos ganen la partida, tal como nos enseñó para siempre Norita.

Pd.: Gracias Norita, Madre de todas las luchas. Te amo para siempre y espero ser digna de tu cariño y amor, para siempre.
¡Venceremos! ★





CARLOS GUSTAVO CORTÍAS
15 DE ABRIL DE 1977
24 AÑOS





LA GARGANTA

PODEROSA



Desde las villas a Norita

NELSON SANTACRUZ

Si rascan un poco, en estos 13 años de trabajos periodísticos, encontrarán mucha lucha para sacar a flote revistas desde el tuétano de las villas de nuestro país. Pero en la colección de más de cien ediciones de La Garganta Poderosa hay una única tapa dorada. Como de esas figuritas especiales que uno atesora cuando era pibe. Allá por 2013, como hoy, como mañana, la Barrick Gold causaba estragos en las venas abiertas de

Argentina. “¡Go home!”, dice la contratapa con la Mamá que estuvo y está, vayas a donde vayas. Pero nuestro abrazo con Norita nunca fue una nota periodística, tampoco miles de entrevistas a cualquier hora en cualquier lugar. La primera vez que la vi fue en un pasillo, hace una década, cuando empezaba a militar con 18 años. ¿Quién era esa señora? ¿Por qué esa mujer estaba rodeada de cámaras? ¿Qué está haciendo en la villa? ¿Por qué sonríe siempre? ¿Qué pasa que la miran tanto? ¿Y qué era ese pañuelo que tenía en la cabeza?

No se hizo extraño crecer entre múltiples inundaciones en el barrio, por la escasez de las políticas públicas de siempre. De enero a enero el silencio, las promesas, los titulares terminaban en eso: en nada. Hoy, la Villa 21-24 donde vivo, plena Ciudad de Buenos Aires, tiene alrededor de 65 mil personas sin agua segura. “El agua vale más que el oro”, y Norita lo sabía, lo repetía. Por eso venía, como otro eco más, en el grito de nuestras causas medioambientales. No esquivó el dolor de nuestras madres, lo nauseabundo del Riachuelo, los guisos de cualquier comedor, la oscuridad de nuestros cortes de luz, la precariedad del trabajo cartonero o las lágrimas de esos femicidios villeros tan poco televisados. Su manera de tejer, de hacer memoria, era estando. Y que ella viniera, nos hacía sentir que existíamos, que éramos algo más que los “nadie”.

“El pueblo es el mayor patriota que tenemos en el país”, dijo una vez sin micrófono. Vaya a saber uno dónde, en qué villa, en qué horario, en qué contexto, pero que hoy, entre tantas falsas libertades, aplica más que nunca.

Ante los ojos cerrados de críticos hipnotizados, el pulpo dorado se aprovechó del desconcierto para saquear nuestros mares de tierra con su minería a cielo abierto. Emanando veneno transparente, pareciera adormecer al periodismo obediente, mientras su negocio encubierto choca de frente con un pueblo despierto, desde Tinogasta hasta Famatina, en cada rincón de la Argentina.

Justito ahí, donde hablan bajito los voceros oficiales y los multimedios encubren a sus socios transnacionales, la agenda hegemónica simula entrar en duda, pero, en realidad, se está haciendo la boluda. Porque para comprender la naturaleza, basta mirar las raíces y, si no, revisar los métodos de extracción que utilizan en sus países. Pero por suerte, cuando los justicieros callan, las minas estallan y la tele no grita: ¡sale a la cancha Norita! “Ni oficialista, ni opositora”, nunca se llama a silencio la garganta de la Línea Fundadora que combatió los crímenes de la dictadura a la hora del espanto, con la misma vehemencia que hoy combate a Barrick Gold y Monsanto.

Nosotros la amamos porque es nuestra vieja, cuando aplaude y cuando se queja, cuando lucha y cuando escucha, todas las semanas, en todos los horarios, por los otros, por nosotros y por los pueblos originarios. Y en cada paso perdido, sigue buscando a su hijo desaparecido, con quien, mientras tanto, se encuentra cada día reivindicando los sueños que él tenía. Si no lo conociste, llegó la hora de tu desayuno: Gustavo militaba en la Villa 31.

Su ejemplo nos educó y su mamá nos crió, para que nadie pudiera dinamitar nuestro suelo, ni canjearnos el futuro por un premio consuelo. Si firmaron con sus manos, que lo borren otros codos... “A esta mina de oro, ¡la cuidamos entre todos!”.

Esa fue la bajada editorial en aquella oportunidad, con la revista dorada. Mientras la extrañamos, la pensamos y sentimos que escribir de ella siempre nos quedará muy grande... toca escupir lo que nos enseñó. Esa mujer que ni frente a la última dictadura militar, ni en diciembre del 2001, ni ante la democracia cacheteada, ni durante la pandemia, se quedó encerrada. Siempre libre, jamás callada.



La que siempre estuvo

Norita es nuestro barrio cuando sigue siendo la mamá de las y los desaparecidos como Gustavo. Ese pibe que militó el apoyo escolar en la Villa 31, por los mismos pasillos que rezan al Padre Carlos Mugica:

“Sobre el barro de las villas, más que sobre ningún otro suelo, Gustavo sentía que podía cambiar la realidad, porque ya por entonces primaba la estigmatización que las presenta como cuevas para el narcotráfico y la delincuencia, omitiendo la verdadera cotidianidad de las comunidades obreras, donde la gente se levanta temprano para ir a trabajar, en muchos casos tirando de un carro durante horas, para intentar sobrevivir honestamente”.

Norita fue nuestro barrio cada vez que habla con el sol o con el frío de la noche en Puente Pueyrredón, para ser una vez más Maxi y Darío. Norita es nuestro barrio por su pañuelo que envuelve al dolor ajeno como propio, cuando en Zavaleta las Fuerzas de Seguridad liberaron la zona para que una bala se llevara a nuestro compañerito Kevin, de 9 años. Ahí, y en todas las infancias golpeadas, ella estuvo.



Norita y Roxana Benega, mamá de Kevin Molina (2013)

Norita es nuestro barrio todas las veces que se vistió de verde para pedir ni una muerte más por el aborto clandestino:

“Pese a estas prácticas que lesionan a la democracia, seguiremos debatiendo, llevando políticas de fondo como la Educación Sexual Integral. Existe una generación extraordinaria que sale a pelear por sus derechos. Ahora, más que nunca, tenemos que luchar hasta que nadie se crea con el derecho a decidir por la mujer”.

Norita fue nuestro barrio, también, cuando el macrismo jugaba con nuestra hambre:

“Estaré marchando por la Ley de Emergencia Social, porque se hace necesario declararla. Los habitantes de nuestro país merecen una vida digna, sin estas diferencias abismales entre ricos y pobres. Yo, en su momento, fui trabajadora de la economía popular como modista de alta costura, desde la informalidad”.

Norita es nuestro barrio cada vez que pidió por la libertad de Lula Da Silva, el tornero que cambió Latinoamérica. En 2018, cuando hicimos nuestro último Foro Internacional de La Poderosa en Brasil, lo resumió así:

“Este foro latinoamericano forma parte de la lucha que asumí desde el día en que la dictadura se llevó a mi hijo, cuando me propuse no parar hasta que en Argentina y el resto del continente conquistemos la justicia social. Esas aspiraciones que tenían nuestras hijas e hijos por construir una sociedad mejor me dan fuerzas para acompañarlos en esta caravana histórica”.

Norita fue nuestro barrio cuando nos lanzamos a la Nacional Rock para emitir *La Garganta Radio* en la frecuencia de nuestra propia agenda de base. Norita es nuestro barrio, claro, en cada Marcha de la Resistencia, como la de 2017:

“Nuestros hijos e hijas lucharon por un país para todas y todos, pero hoy vamos a contramano de aquella utopía. Despidos por miles, persecución a las comunidades indígenas, luz verde para reprimir, políticas económicas de concentración y esta Justicia repugnante nos empujan a manifestarnos contra los atropellos y nos obligan a no bajar la guardia”.

Ese mismo año, Norita se hizo barrio, como altoparlante, contra la reforma previsional carroñera que atacaba a los jubilados:

“Nuestra supervivencia está cada día más difícil y si aprueban esa ley rodeada de gases agravarán esta situación. ¿Pero saben qué creo? Que se trata del odio profundo hacia al pueblo, que resulta muy lamentable. Pero también muy peligroso. ¿A dónde vamos a parar? Hay que hacerles notar cuán equivocados están para que puedan recapacitar de inmediato, aunque dudo que sea posible, porque su staff está conformado por muchos hombres y mujeres que apoyaron el terrorismo de Estado”.

Norita es nuestro barrio cada vez que reclamamos por Santiago Maldonado, y cada vez que recordamos la persecución a las y los docentes por pedir por su aparición:

“¡Estoy molesta! Porque me indigna profundamente que Macri, el mismo que tantas veces negó a los 30.000 detenidos-desaparecidos, hoy utilice justito esa cifra para interpelar a los docentes que no cierran la boca. Y al resto también, porque la educación es el mayor emblema de la memoria”.

Norita fue barrio cuando la Prefectura secuestró y torturó a Iván y Ezequiel, de 18 y 15 años, en la Villa 21-24. Luego, en plena democracia, la ministra Patricia Bullrich comenzó a hostigarlos directamente en los medios como sus fuerzas en el territorio: “¡Torturas! Sin eufemismos, un caso extremo de violación a los derechos humanos que no podemos aceptar para nuestro pueblo. Nunca, pero Nunca Más”.

¿Saben qué? Norita es el barrio cada 24 de Marzo, incluso en la pandemia:

“Es imposible que podamos ir todos los jueves a hacer la ronda, ¿pero quién dijo que estamos fuera de la plaza? ¡Estamos alrededor! No nos quedamos quietas porque hay mucho que hacer: seguimos pidiéndole a los jueces que abran los archivos para que muchas personas puedan conocer su identidad”.

En esos meses, ella misma nos pidió que pudiéramos llorar: “Las lágrimas también son un acompañamiento, tenemos derecho de sacar lo que llevamos dentro”.

Norita, como leerán, es nuestro barrio en las adversidades y festividades. Aterrizó con su bastón en el Día de la Niñez, en las ollas populares, en las marchas del feminismo villero, en los festivales repletos de pibas y pibes, en la fuerza de las cooperativas de trabajo, en el comedor de la 31 que lleva el nombre de su hijo, en el salón de zumba del Polideportivo Diego Armando Maradona de Zavaleta, que lleva su rostro como mural. Norita es el barrio cuando hay que gritarle a cualquier genocida, como hace cuatro años, cuando los quisieron liberar:

“No hay nada que pueda debilitarnos. En ese sentido, la triste noticia de la domiciliaria al genocida Miguel Etchecolatz solo nos dio más fuerza para continuar. Y a la indignación, la transformamos en más coraje, porque no tenemos otra alternativa ante un gobierno que lo único que quiere es volver atrás y destruir lo conquistado con tanto sacrificio”.





Norita es nuestro barrio cuando repudia al FMI. Norita es nuestro barrio todas las veces que apuntó a la cúpula de la Iglesia. Norita fue, además, nuestro barrio cada segundo que respiró para que otras puedan respirar:

“No quedan dudas... esta pandemia sí distingue clase social y no afecta del mismo modo al conjunto de la población. Por eso, amén del color partidario que gobierne, todos los estamentos del Estado deben abordar de manera urgente y específica esta realidad que mantiene a miles de familias frente a un riesgo inminente, por la emergencia social, económica y sanitaria”.

Norita fue barrio cuando, dos semanas después, perdimos a nuestra compañera Ramona Medina, por lo que ambas exigieron y jamás llegó: el agua.

Norita es barrio hasta en Nochebuena, cuando desplegamos una mesa larga por nuestro pasillo para compartir una cena. Es el barrio, como solemos decir, el pico más alto del mundo mide un metro y medio. En verano, en invierno, en otoño y en primavera, Norita estuvo. Norita fue nuestro barrio cuando nos dijo: “Si es necesario, resistiremos cien años más”. Y cada vez que nos convocó en el ritual de la memoria. Cuando decía: “30 mil compañeros

desaparecidos”. Y decíamos: “¡Presentes!”. Cuando después del bis arengaba: “Ahoraaaa”, y respondíamos: “¡Y siempre!”. “Ahoraaaa...”, “¡y siempre!”. Norita es nuestro barrio, en presente, porque al final gritamos y seguiremos gritando en coro: ¡Venceremos, venceremos, venceremos!”.

La que siempre estará

Una vez, charlando con Damián Cortiñas, el hijo de Gustavo, nos comentó que su abuela era también su compañera. En medio de la crisis sanitaria que nos impidió marchar con ella, el coletazo nos alejó del cumpleaños 90 de Norita: “Primero es mi abuela, la que hace buñuelitos, la que me caga a pedos, la que me consentía, pero también es una compañera invaluable que está siempre donde debe estar, del lado Norita de la vida”, nos contó Damián.

Pero esta admiración familiar se separa muy bien de su faceta como militante por los derechos humanos:

“Tenemos las mismas luchas que las y los 30.000, que soñaron una patria libre, justa y soberana. A mi viejo lo secuestraron cuando yo tenía 2 años, crecí al lado de ella, que me ayudó a construir la figura de él y mi identidad”.

Es así, el abrazo de Norita libera todavía endorfinas que llenan la Plaza cada jueves, y que resulta muy necesario. Por eso hacemos propias las palabras de su nieto:

“No podés estar cansado o derrotado: la ves a ella y te da esas fuerzas que no sabemos de dónde saca. Su abrazo nos empuja a seguir en cualquier circunstancia. Tiene esa sensibilidad mágica de mezclar lo más duro de nuestra historia con su sonrisa, que nos da paz. La militancia no puede ser siempre a cara de perro y así nos lo muestra”.

De hecho, poco tiempo antes de cerrar estas líneas, la visitamos en su casa. La encontramos, luego de muchos meses, con la misma sonrisa con la que la habíamos despedido en la última marcha multitudinaria. Para ella, lo sabemos, no fue fácil. Pero estaba

ahí, de pie, como toda su vida. ¿Cuáles son para Norita los derechos humanos sin saldar en Argentina? En su tiempo nos supo decir que se trata de “los derechos económicos, sociales y culturales que siguen siendo violados”. Su receta secreta para no rendirse, nunca la sabremos.

Pero sí sabemos que ella pisa el barro, en los confines de cualquier pasillo, para llegar a un potrero y sumarse a un fulbito. Que es capaz de teletransportarse entre las grietas de humedad para acercarnos su brillo a quienes, dicen seguido, solo emanamos oscuridad. Pone su faro, alza la mano, pega un grito y exige que paremos la pelota. Para mirar ahí, para observar acá, donde las marginadas del sistema no solemos tener respuestas.

Esta especie de homenaje, sabemos, no alcanza. Habrá tantas más que la recuerden por cientos de anécdotas bellas y enquilombadas, por sus viajes, sus hazañas. Por su luz iluminando cada lucha. Porque así como irrumpe en un escenario de la Marcha del Orgullo, rodeada de marikas, travas, tortas y bisexuales de los barrios para llenarse de brillantina, también esquivó gases lacrimógenos para bancar a las y los obreros. Por eso, cuando nos pidieron escupir en estas páginas lo que significaba Norita para nuestras villas fue difícil.

Nora es un mundo, una inabarcable piel de conceptos. La primera persona del plural queda chica para explicar nuestro amor. Y no un amor cualquiera, ese romántico o incluso el familiar. Es ese amor revolucionario que nos hace llorar, literal. Porque, ¿cómo es que los negritos íbamos a tener una abuela o una mamá en las peores circunstancias? Ahí frente a ella, y sus ojitos negros perlados, volvemos todas y todos a ser niños y niñas que sueñan más de cerca la transformación de nuestra realidad. ¡La pucha! Qué duro, de verdad.

Antes de “irse”, antes de volverse historia, nos regaló una especie de carta. Su último 24 de Marzo con el profundo repudio a las políticas de odio entre los dientes: “Quiero decirle a Javier Milei que cuando aprenda a respetar a las Madres y a las Abuelas va a dejar de hacer macanas como lo viene haciendo”. Ella lo sabe,

ella lo supo: “el que hace transformaciones para dañar al conjunto de la comunidad, en realidad está haciendo un daño que se volverá contra sí mismo”.

Para cerrar, sin despedirnos jamás, queremos hablarle al lector y a la lectora de la posteridad. A quien tome este libro en el futuro, que es presente, y decirle no solamente que la o lo esperamos en cualquier villa donde lo injusto todavía predomine. Por donde los pies de Norita escribieron, caminando, su historia. Sepan que nuestra última entrevista con ella fue corta, directa. Que la recuerdo diciendo: “No tengan miedo, no hay que tener miedo”; que “estemos juntos para defendernos de un ataque que no merecemos”. Y que “más que nunca cuidemos la democracia”.

Por acá en los barrios, donde damos todo y donde nos falta mucho, queremos dejarles una consulta que le hicimos alguna vez: ¿Qué sueño te queda en la vida? Y por si preguntan, por allá, en el futuro de lucha, en sus retinas fuera del papel... su respuesta fue una sonrisa tranquila, sin pausa y siempre mirando para el frente y su costado: “Antes de partir, quiero ver a la Argentina sin hambre. Por esa transformación soñaba y luchaba mi hijo Gustavo”. ★



DE MAYO

BOYA

AMERICA

1955



Handwritten text on the paper:
Oscar
1955







Norita. Madre de la humanidad

GERARDO SZALKOWICZ

De la Plaza de Mayo a Japón, de Honduras a Kurdistan, de Haití al Sahara Occidental, Nora Cortiñas rodó incansablemente por el mundo durante más de cuatro décadas llevando su mensaje de aliento y solidaridad. De las fotos y recuerdos de su archivo personal brotan las huellas de un internacionalismo a flor de piel, uno de sus tantos rasgos admirables.

Con sus pasitos cortos y ligeros, la señora se acerca al mostrador de Migraciones. Una mano arrastra el pequeño bolso con rueditas, la otra sostiene la cartera y un bastón japonés que rara vez toca el suelo para cumplir su función. Su estatura XS y los larguísimos segundos de silencio que transcurren la llevan a ponerse en puntas de pie para chusmear qué pasa dentro de ese frío paraje burocrático. La empleada sigue ojeando el pasaporte, no dice nada pero su gesto transmite preocupación, se levanta, parece que va a consultar a un supervisor. Por fin vuelve y explica desganada, con pausado acento meditabundo, sin despegar la vista de su pantalla:

—Por esta vez puede viajar pero tiene que renovarlo.

—¿Pero cómo? Si me fijé y vence el año que viene.

—Es que ya no tiene espacio para más sellos.

La señora se llama Nora Irma Morales de Cortiñas, aunque en general alcanza con decir Norita. Porta con hidalguía sus más de 90 años y desde hace cuatro décadas y media peregrina por la vida buscando a su hijo Gustavo, secuestrado y detenido-desaparecido desde el 15 de abril de 1977. Pero esa lucha inicial, instintiva, incansable, “visceral” como siempre dice, que la erigió en una de las referentes de las Madres de Plaza de Mayo-Línea Fundadora, la fue llevando a transitar un camino de militancia todoterreno y de activismo solidario que la convirtió en “la Madre de todas las batallas”.

Norita condensa un cúmulo de cualidades (vitalidad, ternura, generosidad, irreverencia, sencillez, coherencia, sonrisa permanente, humildad) que la hacen un ser extraordinario. Dedicó cada minuto de su vida a acompañar todas las causas justas, incluso durante el escabroso paréntesis pandémico anduvo de zoom en zoom, de videomensaje en videomensaje, abrazando virtualmente cada lucha, pedido o actividad militante. Brújula y faro de varias generaciones, símbolo de resistencia ineludible, puente entre nuestras heroínas del pañuelo blanco y la revolución del pañuelo verde, puente entre la memoria y la utopía, para muchísima gente Norita es la principal referencia política (y ética) que hay en la Argentina.



Pero el foco de estas líneas apunta a la Norita fronteras afuera. A la Norita internacionalista, otra de sus características más arraigadas y encantadoras. En sus intervenciones públicas, en cualquier charla o acto, siempre hace mención a los conflictos de la coyuntura mundial y suele tener a mano para compartir algún poema palestino o del pueblo saharauí o de las mujeres de Kurdistán. Gracias a esa impronta, las rondas de los jueves de las Madres en la Plaza de Mayo se convirtieron en un escenario para amplificar la agenda de lucha internacional, para visibilizar las resistencias de los pueblos del mundo. Norita lleva tatuada en el alma “la cualidad más linda de un revolucionarix”, aquella premisa guevarista de “sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo”.

La metamorfosis

Hasta sus 47 años había sido la típica madre y ama de casa tradicional que el mandato y el sentido común de la época imponían. Desvinculada de la política, “encerrada entre cuatro paredes”, como le reprochaba Gustavo. Cuando le arrebatan a su hijo sale instintivamente a la calle, sufre una abrupta metamorfosis y se marcha definitivamente hacia lo desconocido. A los días se suma al naciente grupo de mujeres que se empezaban a reunir en la Plaza de Mayo y que luego harían historia con un pañuelo blanco en la cabeza y todo el coraje en el espíritu.

Un año después, a mediados de 1978, se impone la euforia popular por el Mundial de Fútbol organizado en el país mientras el uniforme coro de los medios de comunicación oscila entre invisibilizar y demonizar a las Madres. Ellas quedan en un lugar incómodo, de creciente aislamiento, y entonces deciden buscar apoyo en el exterior, viajando en general en grupos de dos o tres Madres.

A Nora le toca viajar a Chile con Marta Vásquez en noviembre de 1978 a un simposio por los 30 años de la Declaración de los Derechos del Hombre. Es la primera vez que sale del país y la

primera vez que se sube a un avión. Allí palpa de cerca la esencia de la dictadura pinochetista y empieza a tomar conciencia de la dimensión regional del momento político y del Plan Cóndor como brazo ejecutor. “Nunca imaginé que mi primer viaje al exterior iba a ser por algo tan trágico. Los nervios por subirme a un avión o por ir a un lugar desconocido o el miedo de que nos hagan algo los milicos chilenos, todo eso estaba tapado por el dolor profundo que nos empujaba a hacer cualquier cosa y a ir a dónde sea –recuerda Norita, o más bien intenta recordar–. En ese primer viaje conocí a luchadores y luchadoras de muchos lados, ahí empecé a entender que a los países latinoamericanos nos pasan cosas parecidas, que tenemos los mismos enemigos y que es muy necesario también hermanar nuestros dolores y nuestras luchas”.





Su segundo viaje será a mediados de 1979 en una gira de un mes por diez países de Europa organizada por Amnistía Internacional. Cuenta Norita: “Ahí lo conocimos a Osvaldo Bayer, con quien después hicimos una linda amistad y fue uno de los compañeros que más admiré. Él estaba exiliado en Berlín y nos alojó en su casa. Tengo una imagen de esos días que no se me borra: nosotras dormíamos en unos colchones en el piso y a veces nos costaba dormir por todo lo que estábamos viviendo, encima en países desconocidos, sin entender los idiomas y con un peligro que estaba todo el tiempo latente. Así que muchas veces nos dormíamos tomadas de las manos. Así nos conteníamos para sobrellevar ese calvario”.

Luego irá a Washington a la Asamblea General de la Organización de Estados Americanos (OEA), donde su testimonio y su discurso –nada menos que frente a la diplomacia del continente– da cuenta de su destreza para adaptarse a los espacios más disímiles y del cuadro político que empieza a germinar.

Su derrotero militante la llevará en las décadas siguientes a viajar por casi todo el mundo, a empatizar con un sinfín de resistencias, a asimilar el engaño de las fronteras. Son muy pocos los países que no visitó. Y apenas un puñado a los que fue de paseo. La han invitado de infinidad de lugares a dar charlas, participar de actividades, congresos, homenajes o simplemente a conocer procesos de lucha e intercambiar saberes.

Archivo internacional de la memoria popular

Sistematizar los recuerdos de sus viajes sería una tarea titánica. Hasta la irrupción del Covid-19, Norita andaba siempre de acá para allá, con tres, cuatro y hasta cinco actividades por día, con lo cual nunca tuvo tiempo de sentarse a ordenar todo lo que se traía de cada lugar e iba acumulando. Tal vez por el parate y encierro obligado, tal vez por pasar la barrera de las nueve décadas, un día decidió desempolvar el tesoro que habitaba escondido en el fondo de su casa. Brotaron miles de fotos, recortes de diarios, cartas, afiches, libros y souvenirs de todo tipo desperdigados y amontonados al tun tun en decenas de cajas, cajones y bolsas. Seguramente el procesamiento y ordenamiento de todo ese material tenga como resultado uno de los archivos históricos más fascinantes del país.

Algunas veces con las fotos como ayudamemoria, algunas otras apelando a lo que las vivencias dejaron grabado en su mente, cuando reconstruimos su biografía Norita rememoró sus peripecias girando por el mundo.

Una de las experiencias que más le impactó y con quienes generó lazos más intensos fue con las madres de Kurdistán, aquel pueblo desparramado entre Turquía, Irak, Irán y Siria que desde comienzos de los 80 protagoniza un proceso de resistencia ejemplar con el rol protagónico de sus mujeres.



Nora cuenta:

“Un día me vinieron a ver dos chicos que querían hacer una película con las madres kurdas y me invitaban a viajar y filmarla allá. Lo primero que pensé fue ¿Kurdistán?, ¿con qué se come eso? No sabía ni que existía... Y encima a los chicos no los conocía, pero me generaron confianza y les dije que sí. Fue una locura, filmábamos subiendo y bajando montañas, yo quedaba agotada. Pero fue una experiencia inolvidable. Me emocionó mucho ver la fuerza de esas madres y compartir con ellas las similitudes que tienen nuestras vidas y nuestras luchas”.

Corría el año 2013 y Nora volvía a dar rienda suelta a su intuición y su curiosidad. Se embarcaba, una vez más, en una incierta travesía del otro lado del mundo y con dos jóvenes desconocidos, Nicolás Valentini y Alejandro Haddad (maestro, poeta y escritor fallecido en 2014 con solo 34 años y a quien Nora siempre recuerda). El resultado de ese periplo fue la película *“Pañuelos para la Historia”*, una conmovedora simbiosis de dolores, ausencias, terrorismos de Estado y dignas fortalezas tejiendo un puente entre Oriente y Occidente.

En marzo de 2019, Nora volvió al Kurdistan turco. Esta vez para solidarizarse con las más de cinco mil presas y presos políticos que se encontraban en huelga de hambre. La principal referente de esa medida de fuerza era la diputada Leyla Güven, a quien Nora visitó cuando cumplía 114 días en huelga de hambre y estaba en un estado de salud muy deteriorado. “No lo hacemos para morir, lo hacemos para vivir dignamente –le explicó Leyla–. Cuando entraste a mi cuarto me llené de vitalidad, nosotras compartimos el mismo dolor pero también la misma esperanza”.

Otro territorio que le despierta una sensibilidad especial es Haití, el país más pobre (o más bien el más empobrecido) de Latinoamérica, a donde viajó tres veces. En 2005 encabezó, junto a Adolfo Pérez Esquivel –otro de sus principales compinches–, una delegación internacional para denunciar la ocupación de las tropas de la misión de las Naciones Unidas (en ese momento llamada MINUSTAH). Norita siente un compromiso particular con ese pueblo:

“Haití sigue pagando el castigo de su dignidad por haber sido el primer país de América que se independizó y el primero en el mundo que abolió la esclavitud. Es un país estratégico que las grandes potencias, sobre todo Estados Unidos y Francia, nunca dejaron de dominar y saquear. Estuve varias veces visitando las barriadas, con dirigentes sociales y sindicales, es un pueblo muy luchador que, pese a todas las adversidades, siempre sale a la calle a dar la pelea. La comunidad internacional no ha reparado en el inmenso daño que provocó la MINUSTAH, incluyendo la epidemia de cólera que mató a más de diez mil personas. Creo que las latinoamericanas y latinoamericanos tenemos una deuda muy grande con el pueblo haitiano, no le brindamos la solidaridad que merece y necesita”.



Darle la vuelta al mundo

Sería interminable enumerar los destinos a los que llevó su abrazo solidario. Algunas fotos que emergen de este infinito y desordenado archivo nos ayudan a viajar en el tiempo y refrescar sus visitas a territorios lejanos.

Como lejanos aquellas imágenes regalándole un pañuelo blanco al Subcomandante Marcos o tomada de la mano de unas jóvenes indígenas cubiertas con sus pasamontañas, en la previa del fin de año de 2008 que pasó celebrando y bailando en una comunidad zapatista. O la otra abrazada por Fidel Castro en uno de sus tantos viajes a Cuba: “Era un hombre muy simpático, cordial, siempre nos decía cosas muy bonitas y nos hacía regalos. Me acuerdo de que yo le llegaba a la cintura y una vez le dije: ‘ay Fidel, qué alto que sos’ y él me respondió ‘Norita, tú eres más grande que yo’...”. O caminando con Berta Cáceres en la Honduras tierra adentro, a donde llegó apenas unos días después del golpe de Estado de 2009, en medio del peligro y una máxima tensión, para sumarse a la Comisión de la Verdad que se conformó para dilucidar la trama del golpe. Allí entabló un estrecho vínculo con la icónica lideresa feminista, indígena y ambientalista asesinada en 2016, a la que recuerda como “una mujer muy valiente, una luchadora ineludible que defendía a su pueblo y a sus ríos, sencilla y muy tierna. De los mejores ejemplos que conocí en mi vida”. O esa emotiva foto con Lula besándole la frente, cuando fue a Brasil para rechazar su detención en 2018. O esas varias a las risotadas con Evo –con quien comparte mucho más que el apellido–, envueltos en vestimenta indígena en una de sus asunciones presidenciales. O al borde de las lágrimas en el cementerio de las Islas Malvinas homenajeando a los soldados caídos: “Hay que reivindicar a los pibes de Malvinas, ellos fueron llevados a pelear a esas



islas por los mismos genocidas que se llevaron a nuestros hijos”. O en el recóndito y ardiente Sahara Occidental, donde conoció la resistencia del pueblo saharauí contra la ocupación de la monarquía de Marruecos. O en festividades en la India y en Sudáfrica, empapándose de culturas y tradiciones inimaginadas. O probándose un kimono y regalando pañuelos verdes en Japón, a donde viajó en 2018 para acompañar la denuncia por las mujeres esclavizadas sexualmente durante la Segunda Guerra Mundial: “Japón es un país que aparenta mucha modernidad, pero esconde bajo la alfombra todo este dolor. Me gustaría que el grito de estas mujeres se escuchara en todo el mundo”. O fundida en otro abrazo sororo con las Madres de Soacha, que reclaman justicia por sus hijos asesinados como “falsos positivos” por el Ejército colombiano en los tiempos de Álvaro Uribe. O aquella postal en Chile en noviembre de 2019, en su último viaje al exterior, sosteniendo una bandera mapuche con una barricada de fondo en pleno estallido social.

Desde los primeros viajes a fines de la década de 1970, cuando transportaba el reclamo desesperado y urgente de las Madres, Norita se fue transformando en una hormiguita viajera que no paró de darle vueltas al mundo. Siempre poniendo el cuerpo. Regalando su conducta como fuente de inspiración. Exportando su energía y trayendo aprendizajes. Asumiendo el compromiso de tender puentes y ayudar a difundir las realidades lejanas. Haciendo pedagogía del ejemplo.

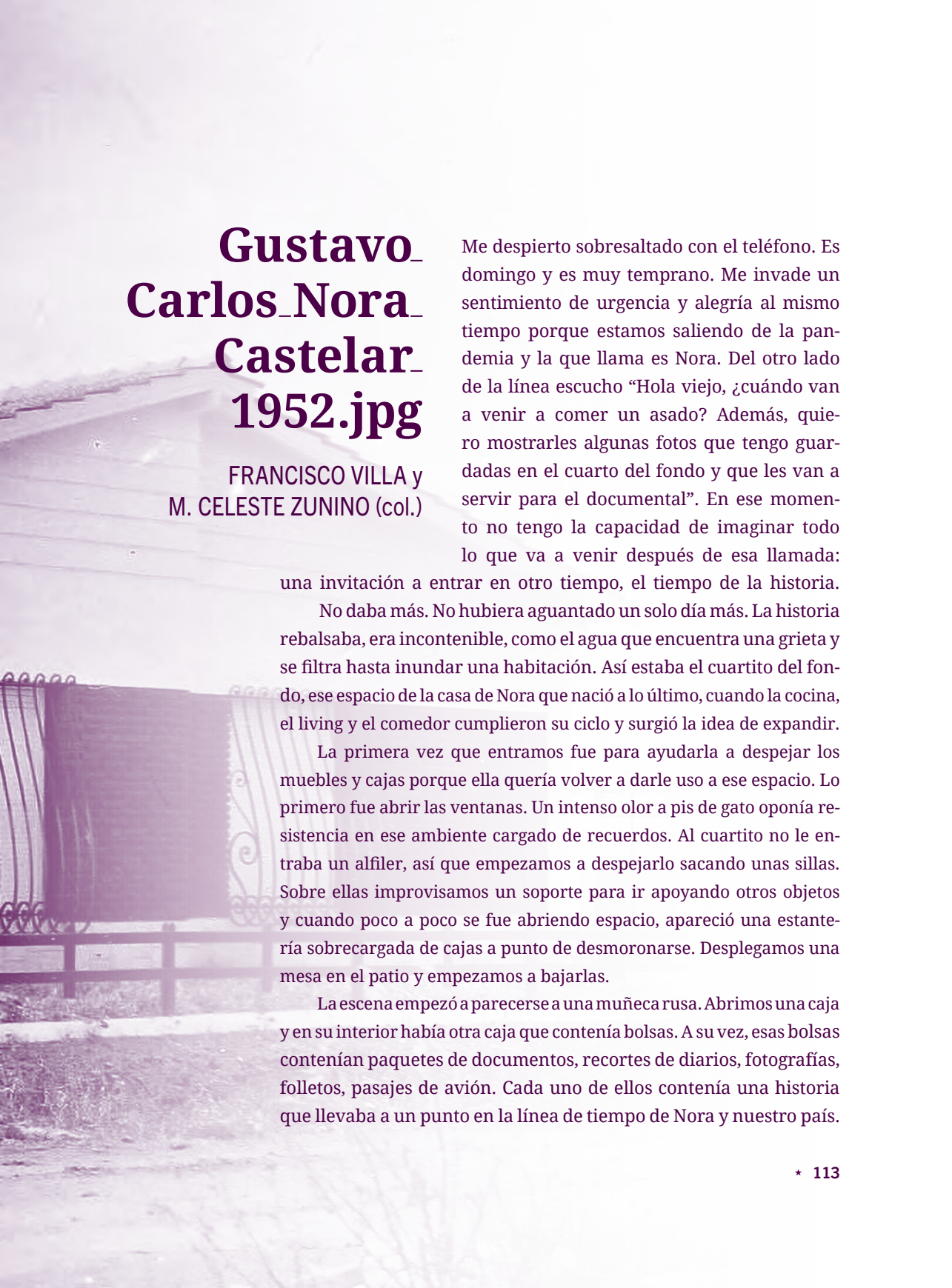
Tal vez en esa escuela del viajar, en el jugo que le sacó a esa incalculable cantidad de millas acumuladas, esté una de las claves de su sabiduría y de esa solidaridad internacionalista que le brota por los poros:

“Conocí muchos lugares pero lo más importante son las personas que conocí en esos lugares. Me faltan pocos lugares que me gustaría conocer, uno de ellos es Palestina. Es mucho lo que recibo en todos lados, creo que demasiado. Yo sólo llevo mi testimonio y trato de aportar lo que aprendí en estos cuarenta años de lucha: que nunca hay que bajar los brazos ni perder las esperanzas. Porque algún día, estoy convencida, ¡venceremos!”. ★









Gustavo_ Carlos_Nora_ Castelar_ 1952.jpg

FRANCISCO VILLA y
M. CELESTE ZUNINO (col.)

Me despierto sobresaltado con el teléfono. Es domingo y es muy temprano. Me invade un sentimiento de urgencia y alegría al mismo tiempo porque estamos saliendo de la pandemia y la que llama es Nora. Del otro lado de la línea escucho “Hola viejo, ¿cuándo van a venir a comer un asado? Además, quiero mostrarles algunas fotos que tengo guardadas en el cuarto del fondo y que les van a servir para el documental”. En ese momento no tengo la capacidad de imaginar todo lo que va a venir después de esa llamada:

una invitación a entrar en otro tiempo, el tiempo de la historia.

No daba más. No hubiera aguantado un solo día más. La historia rebalsaba, era incontenible, como el agua que encuentra una grieta y se filtra hasta inundar una habitación. Así estaba el cuartito del fondo, ese espacio de la casa de Nora que nació a lo último, cuando la cocina, el living y el comedor cumplieron su ciclo y surgió la idea de expandir.

La primera vez que entramos fue para ayudarla a despejar los muebles y cajas porque ella quería volver a darle uso a ese espacio. Lo primero fue abrir las ventanas. Un intenso olor a pis de gato oponía resistencia en ese ambiente cargado de recuerdos. Al cuartito no le entraba un alfiler, así que empezamos a despejarlo sacando unas sillas. Sobre ellas improvisamos un soporte para ir apoyando otros objetos y cuando poco a poco se fue abriendo espacio, apareció una estantería sobrecargada de cajas a punto de desmoronarse. Desplegamos una mesa en el patio y empezamos a bajarlas.

La escena empezó a parecerse a una muñeca rusa. Abrimos una caja y en su interior había otra caja que contenía bolsas. A su vez, esas bolsas contenían paquetes de documentos, recortes de diarios, fotografías, folletos, pasajes de avión. Cada uno de ellos contenía una historia que llevaba a un punto en la línea de tiempo de Nora y nuestro país.

Con el correr de la tarde nos dimos cuenta de que Nora conservaba un verdadero tesoro, un archivo personal prolijamente clasificado por años. Ella había estado haciendo su propio fondo documental a lo largo de su vida, con un recorte de la actualidad absolutamente subjetivo. *“Habrá nuevas etapas de reconciliación”*, dicta la tapa de Clarín el sábado 20 de diciembre de 1986. *“Retornó el clamor de verdad y justicia”*, dice el periódico La República el sábado 6 de mayo de 1995.

Las fotos pasan desordenadas, de mano en mano, y cada tanto Nora lanza un comentario para situarnos temporalmente. Llega a mis manos una foto mientras Celeste, Jayson y Nora están hablando de otra anécdota, porque eso tienen las fotos, disparan la historia. Primero tanteo con mis manos los bordes, ondulados y rasposos. El papel huele a tiempo, pienso mientras levanto la tapa del escáner. Apoyo cuidadosamente la foto sobre el vidrio, pongo encima una pequeña pesa que improvisé para que la imagen salga lo más plana posible y cliqueo *escanear*. El inconfundible ruido robótico empieza a oírse. Ese diminuto objeto fotográfico ahora se transforma en un archivo digital: *“Gustavo.Carlos.Nora.Castelar.1952.jpg”*.



Esta foto es la génesis familiar. Todo allí parece iniciarse, aún no hay árboles ni sombra, la calle de tierra contrasta la pulcritud de la casa, Gustavo todavía no cumplió un año y Nora tan solo tiene veintidós. La suavidad con que ella se inclina sobre Carlos y la concentración con que él sostiene al pequeño Gustavo, simbolizan perfectamente aquel cariño que en un acto de injusticia atroz les será arrebatado. Son la imagen de una familia feliz, sagrada, una semilla. La representación de una promesa. Un modelo, un sueño, una estampita.

En ese soleado día de 1952, Nora no imagina que la casa será el lugar al cual tendrá que volver cada día para no volverse loca, después de dar vuelta cielo y tierra buscando a Gustavo. Ni siquiera sabe aún que tendrán también a Marcelo; que a Gustavo lo desaparecerán, y que esa casa dejará de ser su casa.

En este día, que también es soleado, pero 69 años después, Nora repasa con sus ojos las fotos, los recortes, las anécdotas y todos escuchamos cada pedacito de la historia. Ella habla con amor, con enojo, ríe a carcajadas y se agarra la cabeza por las cosas que no recuerda. Le da bronca perder la memoria.

La charla sigue, suena el teléfono varias veces y yo continuo escaneando foto por foto, sigilosamente. “Eso que está ahí, tiralo”, nos decía cuando encontrábamos alguna hoja de diario plegada en partes y no terminábamos de comprender por qué había sido seleccionada. A lo que respondíamos: “Ni soñando, Nora”. **Es que comprender la selección es justamente el trabajo del archivista.** Comprender por qué esos, y no otros, por qué fueron guardados así y no de otro modo. Reponer su contexto histórico, pero también el íntimo, el emocional, el aspecto que muestra las preocupaciones, las prioridades, lo importante para aquella Nora, que buscaba y guardaba, que no quería perder nada más.

La materia prima del archivista son esos objetos cargados de tiempo, amarillentos, llenos de vida. Su trabajo es evitar el deterioro y estabilizarlos. Encontrarles una nueva casa, diseñarles un hogar que los albergue y los abrigue cuidadosamente. Acunarlos con un papel libre de ácidos, como se arrulla un bebé recién nacido

con una mantita limpia para que se duerma en paz. Establecer metodologías de guarda que permitan asegurar su paso a la posteridad. Controlar la temperatura del ambiente para que no tengan frío ni calor. Y así cada documento, cada fotografía, necesita ser contenida en un interior como el vientre de una madre contiene a su hijo.

Con el correr de los años y tras la desaparición de su hijo mayor, Nora, Carlos y Marcelo se mudaron a otra casa en Castelar, en la intersección de Lobos y Alem. Hay una particular coincidencia tipológica entre ambas casas. Nora nos contó que fue una preocupación encontrar una de estilo similar, pensando que algún día Gustavo volvería y sería más fácil para él reconocerla. Gustavo no volvió.

¿Qué será de esa casa ahora? ¿Qué familia habitará ese hogar cargado de huellas? En ese meticuloso acto de conservación con el que Nora fue tallando la injusta historia de su hijo, es donde permanece la posibilidad de autorreconocernos. Esa contundente, pero sutil manera de esculpir el tiempo guardando pequeños y valiosos momentos de la historia, es el mayor acto de resistencia que una persona puede ejercer.

“Tengo miedo de perder la memoria”, le dice Nora a Ana María Careaga en una escena del documental mientras hace una pausa y sus ojos brillan. “Es lo único que no nos pueden borrar, la imagen. Por eso el miedo es perder la memoria. Veo la foto de Gustavo, lo veo y sé que es Gustavo. Aquel es Marcelo”.

“Vos no vas a perder la memoria” –le responde Ana María–, y nosotros nos aseguraremos de que así sea.

Gracias Norita ★







Nora Cortiñas: Historia visual de una vida incomparable

CORA GAMARNIK

Entrar al archivo personal de Nora Cortiñas es como mirar por una cerradura, hacer de pronto un viaje al pasado, encontrar un cofre lleno de tesoros que contienen algún mágico secreto. Fotos, documentos, afiches, recortes de diarios se entremezclan y revelan en conjunto una dimensión visual y cronológica de lo que fue su vida.

Las fotos de su álbum familiar adquieren un carácter historiográfico, permiten ver cómo una adolescente divertida y enamorada llegó a ser uno de los máximos símbolos de la lucha por los derechos humanos en Argentina. Esta reunión de imágenes y documentos, fragmentos de pasado, articulan nuevos sentidos y se activan a la luz de lo que sabemos de ella hoy. El archivo personal y familiar de Nora, en sus ramificaciones, creado al ritmo de su propia metamorfosis, habilita una entrada a su vida desde diversas materialidades. Fotos azarosamente conservadas y otras que se amasaron al calor de su caminar. Fotos de vacaciones, cumpleaños, casamiento, hijos pequeños, familia ampliada. Cada una de ellas sale del espacio privado y adquiere a partir de su historia una importancia política y pública. El conjunto de los documentos nos permite conocer a Nora no solo como Madre de Plaza de Mayo, sino en instantes fugaces de su vida previa que quedaron detenidos en el tiempo, en su devenir signado por un punto de inflexión violento, brutal, desgarrador.

Cuando desapareció su hijo, Nora sintió como si el piso sobre el que estaba parada se hubiese derrumbado. Hizo lo imposible para encontrarlo y en ese camino se encontró a sí misma, a una nueva Nora que se hizo junto a otras madres con hijos e hijas también desaparecidxs. Desaprendió y aprendió a moverse en un mundo que desconocía. Enfrentó un poder que se creía invencible, descubrió un coraje que no sabía que tenía. Renació otra. Su archivo muestra ese antes y después, cómo se alteran sus prioridades, cómo cambian sus vínculos, cómo se reubican y amalgaman los lazos familiares previos con nuevas relaciones. Son imágenes que permiten entender su vitalidad, imaginar y narrar esa vida, ensayar un ejercicio sensible de lectura. El archivo de Nora no es la suma de los materiales allí reunidos, es la posibilidad de una visión de conjunto de una vida incomparable.



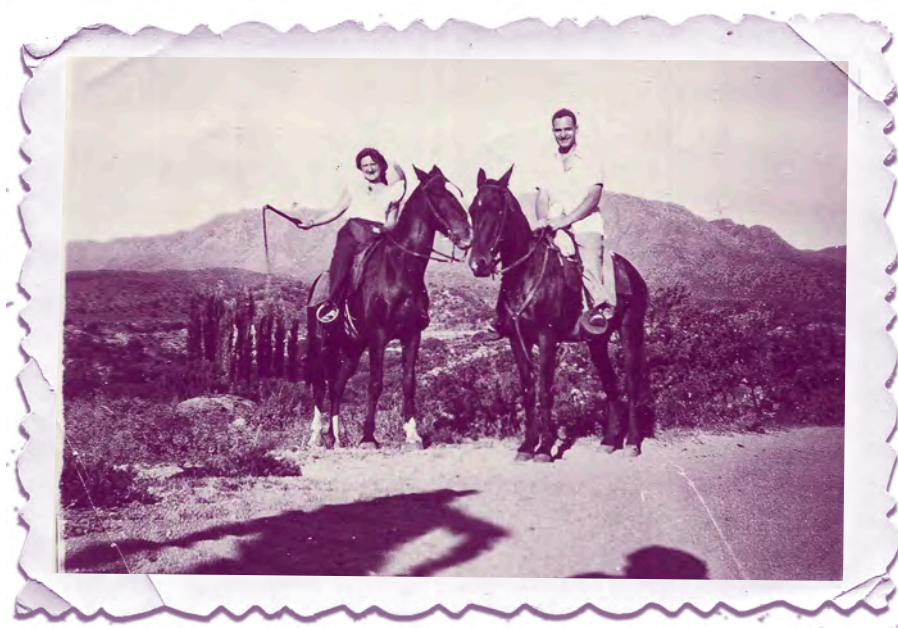
El archivo del antes

El 22 de marzo de 1930 nació la tercera hija de Mercedes y Manuel en el Hospital Ramos Mejía de la Capital Federal. Manuel esperaba un varón, pero nació Nora.

La mamá la llamaba “bebita” por eso desde siempre en su familia le dicen Beba. Nora Irma Morales, una adolescente coqueta, “pizpireta”, activa, divertida, con una hermosa sonrisa. Extrovertida, a veces elegante, a veces sensual, a veces tímida.



A los 15 años Nora conoció en su barrio a Carlos Cortiñas, quien sería su novio y luego su marido. Se casa muy enamorada, para ella era cumplir un sueño. Ella cuenta que en la ceremonia de civil estaba tan emocionada que lloraba y lloraba, tanto que la jueza la separó para preguntarle si la estaban obligando a casarse. Pero no, lloraba de emoción, de felicidad (Szalkowicz, 2019, 56).



Carlos comienza a trabajar en el Ministerio de Economía, muy cerquita de la Plaza de Mayo. Ese trabajo estable les permitiría planificar una economía familiar, comprar una casa en Castelar, arreglarla, ir de vacaciones a la playa, tener hijos.

Nora aprende el oficio de modista y descubre en la costura una actividad social y laboral. Toda una metáfora de alguien que viviría cosiendo su propia herida. Es esposa, ama de casa y pronto va a ser madre de dos niños. El 11 de mayo de 1952 nace su primer hijo, Carlos Gustavo Cortiñas. Carlos por su marido y Gustavo en honor el príncipe de Suecia.

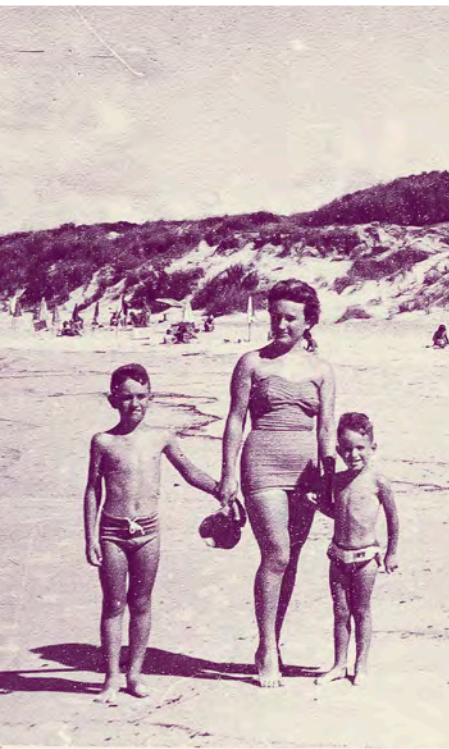
La política no existía para ella. Recuerda sí, tenerle cariño a la figura de Evita, a quien Carlos había conocido personalmente por su trabajo en el ministerio. Dos meses después del nacimiento de Gustavo, muere Eva Perón y Nora quiere ir al funeral:

“Yo le decía a Carlos ‘llevame, quiero ir’. Él fue, pero no quiso que yo fuera. Decía que había mucha gente, que tal vez era peligroso (...) ¡Qué increíble! Lo pienso ahora y no lo puedo creer, mi marido decidía por mí” (Szalkowicz, 2019, 58).

La anécdota muestra la vida de Nora antes del secuestro de su hijo, pero también la capacidad de autorreflexión sobre su propia historia.



Carlos y Nora se mudan a Castelar, un barrio del oeste de Gran Buenos Aires apenas poblado en ese entonces. Gracias a un crédito bancario, logran comprar un terreno y construir su casa el mismo año en el que nace Gustavo. Nora tiene un esposo, un hijo, una casa, un oficio. Se sentía realizada. En 1955 nace Marcelo, su segundo hijo.





Nora se dedica a los niños y a la casa. Se ocupa de tareas domésticas, de las cosas de la escuela, de cocinar. Tenía dos especialidades, ravioles caseros y pastel de choclo, las comidas preferidas de Gustavo. Había tiempo para amasar, para hacer el relleno. Las dos familias se juntaban los domingos y ella amasaba ravioles para

todos. El trabajo de costura le permitió conocer mujeres del barrio, hacer trabajos de modista a pedido, coser la ropa de sus hijos y de otros familiares. Empezó también a dar clases de costura. Así pasaba las tardes entre varias mujeres cosiendo, hilvando, charlando. Era muy prolija, le gustaba tener la casa limpia y arreglada. Cuando Carlos llegaba de trabajar, estaba la comida preparada, los chicos bañados y ella lista para recibirlo. Nora cumplía lo que creía eran sus deberes de madre y esposa. Una vida puertas adentro. Pasarían muchos años para que analizara esa etapa de su vida con otra mirada.

Si viene por CASTELAR...
VIAJE POR VARIG

NOTA: Espiritual-moral-fiestas y en esquites.
 Se atienden llamadas nocturnas por motivos de tierras.
 Damos clases en circuito cerrado (de tierras).
 Se hacen botones a domicilio. (de casa).
 Explicamos las labores de las (alumnos que los traigan los alumnos).
 Para costuras "irreversibles", enseñamos agujas sin aña -Patente en trámite.
"PARA UNA BUENA MODISTA, NO HAY NADA MÁS QUE UN

INSTITUTO ARGENTINO CATALAN

ALTA COSTURA

ALUMNA: Díaz, Alberta O.

MATERIAS	PRIMER TRIMESTRE	SEGUNDO TRIMESTRE	TERCER TRIMESTRE	FINAL
CONSTRUCCION DE BOLSOS				
TERMINACIONES				
COSTURAS				
TERMINACIONES				
COMPOSICIONES				
ASISTENCIAS				

Observaciones: MATERIAS COMPLEMENTARIAS: CANTONAS Y PASEO DE CARRERA

DIRECTORA:
PROFESORA NORA



Gustavo y Marcelo tenían amigos, jugaban al fútbol, iban a una escuela católica que quedaba a unas cuadras de la casa no más. La religión era parte de sus vidas. Gustavo toma la comunión muy elegante con traje, un moño blanco en su brazo, un rosario en la mano. Era un momento significativo para la vida de la familia, valía la pena fotografiarlo. Se lo ve también de monaguillo en el casamiento de su tía Juanita, la menor de las hermanas de Nora. La iglesia era un lugar confiable, seguro, de apoyo espiritual. Los valores religiosos, un deber ser.





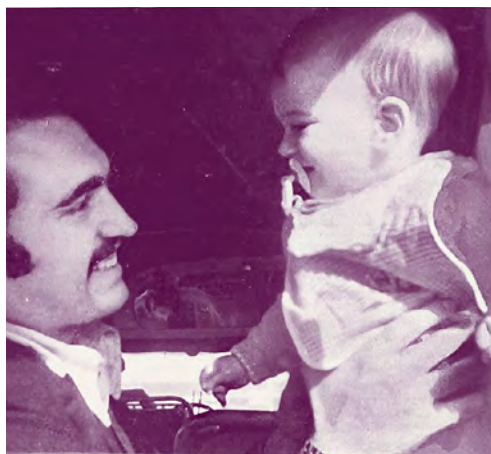
Al finalizar la escuela, Gustavo comienza a estudiar Administración de Empresas y a trabajar por recomendación del padre en la Comisión Nacional de Valores. Allí conoce a Antonia Canizo, quien militaba en la Villa 31 de Retiro. Descubre la iglesia para los pobres, las ideas de la teología de la liberación y la pobreza bien de cerca. Nora cuenta que un día volvió sin su campera, la había regalado, otro día había cambiado sus zapatillas por unas alpargatas rotas. A fines de 1971 conoce al cura Carlos Mujica, se hace de nuevos amigos y amigas, comienza a militar. Gustavo se transforma a velocidad. En 1973 lo nombran responsable de la organización Montoneros en Zona Oeste. Tiene 22 años y elige, como tantos otros jóvenes en aquella época, la militancia como forma de vida.



Hay una foto de Gustavo en la Villa 31. Varios nenes y nenas están delante suyo, a uno de ellos se le ve el agujero en su pullover. Gustavo queda detrás mirando a la cámara. Hay un dejo de tristeza en su mirada. Nora tiene esa foto en una mesita ratona en el living de su casa, en un lugar especial, es una de sus fotos preferidas. Su hijo tiene en esa imagen unos veinte años, ese día habían realizado una actividad para los chicos de la villa. En blanco y negro, sin fecha cierta, sin nombre de autor, sin que se pueda saber qué pasó con esos niños y niñas. En el borde de la imagen, una mujer con una amplia vincha blanca embarazada sostiene su vientre.



El mismo día de la asunción de Cámpora y de la liberación de presos políticos de la cárcel de Devoto, Gustavo conoce a Ana. Inician una relación intensa y vertiginosa, a los tres meses se casan en una pequeña iglesia de Ituzaingó, la ceremonia la dirige un cura amigo y tercermundista. Los versos de Violeta Parra cantando “Gracias a la vida” resuenan en la capilla. En febrero de 1975 nace Damián, el hijo de ambos, el álbum familiar contiene fotos donde se los ve juntos, padre e hijo. Gustavo lo alza, lo mira tierno, lo ayuda a caminar, se sonríen mutuamente.



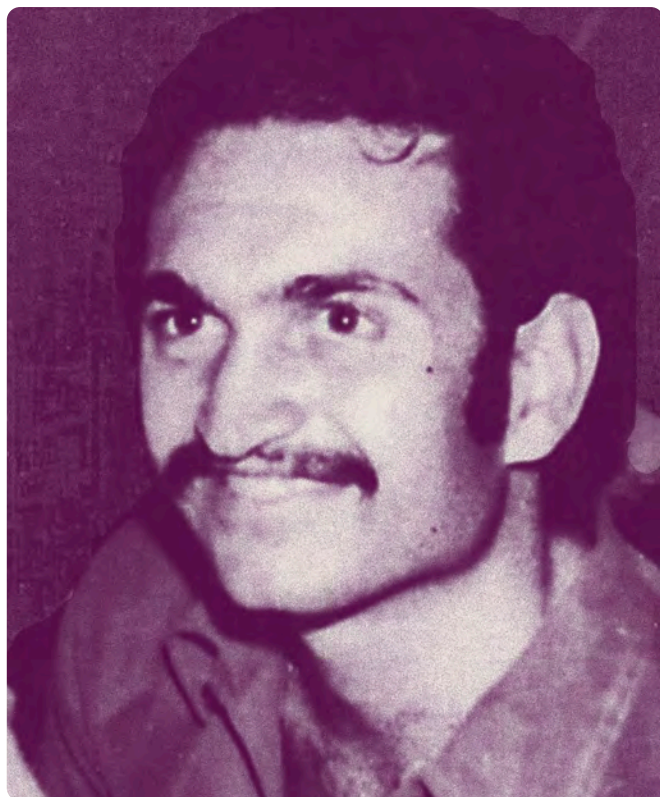


A los dos meses del casamiento de Gustavo y Ana, cae preso Paco, el hermano de Ana. Paco es torturado, pasa por distintos penales e inicia un calvario que duraría siete años como preso político. Nora acompaña a la mamá de Ana en sus búsquedas, la consuela, la ayuda. Su preocupación por Gustavo la mantiene en vilo. Su hijo y Ana pasan a vivir en la clandestinidad, Nora tiene que adaptarse a nuevas normas para verlos. Se encuentran en alguna iglesia, en direcciones pautadas de antemano, aprende a hablar en código por teléfono, a esperar una llamada, a recibir indicaciones. Aprende por amor. A Nora la envuelve el vendaval político de aquellos años. Nadie podía imaginar aún la crueldad de lo que vendría. El 24 de marzo de 1976 la Junta Militar da un golpe de Estado.

Os las 1º Junio de 1977

Mi querido Gustavo

Te escribo estas líneas por que hoy estoy en un día muy especial. Te tiene en mi mente cada segundo desde que abrí los ojos esta mañana. Todos los días pienso en vos y te hablo mucho, pero a la mañana, cuando viajo, a la noche me durmiendo con una oración pidiendo por vos. Pero, como junto con el dolor de esta separación, tiene el dolor inmenso de que la abuela se enfermare, apesar por una operación y estuviere en un proceso postoperatorio muy difícil, no todos los días estare permanentemente con vos. Hubo días en que, por algunas horas estare absorto por la pena de ver a la abuela tan mal. Yo no sé Gustavo si te llega todo el amor y el calor que te envío, todas las fuerzas poderosas y el aliento, las caricias y caricias, la mano que te aprieto, esa mano tierna que adoro desde que naciste, que sigue siendo para mí la mano que un día me acarició.



La desaparición

El 15 de abril de 1977 Gustavo se levantó temprano, tomó un café con leche y se fue caminando hacia la estación de Castelar para ir a trabajar. No llegó a tomar el tren. Nunca más se supo algo de él. La última vez que Nora lo había visto fue en Mar del Tuyú. Habían ido a pasar juntos la Semana Santa, Gustavo y Ana se volvieron el Domingo de Pascua. Nora los acompañó hasta el micro, Gustavo subió y la saludó con una sonrisa desde la ventanilla del ómnibus.

La desaparición de Gustavo Cortiñas cuando tenía 24 años, el 15 de abril de 1977, abrió un abismo. Una violenta y abrupta ruptura con la vida que Nora llevaba hasta entonces, con el destino de ama de casa que asumía y aceptaba con naturalidad.

Cuando desaparece Gustavo, no desaparece solo su persona física, desaparece toda una forma de vivir, una idea de felicidad posible, una idea de futuro, de familia. Desaparece la vida tal como la conocía hasta entonces. “‘Creí que me moría, pero no podía morir-me, tenía que salir a buscarlo’, dice Nora” (Szalkowicz, 2019: 42).

Se produce entonces un desmoronamiento, un estallido del mundo, la disolución de las coordenadas que la sostenían. Nora, como tantxs otrxs, tuvo que sumergirse en ese abismo. Su vida se trastoca, la organización familiar se pone patas para arriba, las tareas domésticas a su cargo se relegan, se redistribuyen o no las hace nadie. Nora iría descubriendo un coraje y una audacia que no sabía que tenía.

Entre las esquivas que la historia tejió a su alrededor salió a la calle, sin saber cómo ni a dónde ir. Recorrió comisarías, hospitales, juzgados, iglesias, cuarteles. No podía quedarse quieta. Gustavo no estaba en ningún lado, nadie sabía nada de él. Nora no dormía por las noches, lo esperaba.

Y en esos desvelos se preguntaba: “¿Y mañana qué? ¿A dónde voy? ¿Qué más puedo hacer?” (Szalkowicz, 2019: 85).

La vida de Nora está hecha de miles de esperas. Espera a Gustavo. Durante mucho mucho tiempo lo espera, le compra regalos en Navidad, ropa nueva, zapatillas. Fueron el amor y la lucha las que impidieron que cayera en la locura, en el desánimo, en la depresión, en la ausencia de ganas de vivir. La figura del desaparecido es la presencia constante de lo que falta, de lo que arrancaron violentamente de sus vidas. La imposibilidad del duelo es también la posibilidad de su llegada.

Lo que sí encuentra Nora en ese andar fue a otras madres que también buscaban a sus hijos e hijas. Nace entre ellas una trama de vulnerabilidad, interdependencia y cuidados mutuos. Cada una se sobreponía a una experiencia extrema que se había convertido en norma y se hacían fuertes a partir de su propia vulnerabilidad. Con un afecto desesperado y en carne viva, desprendiéndose de sí mismas y transformándose junto a otras, sosteniendo entre ellas el hilo de una ilusión, así nacieron las Madres.

Marcelo pierde a su hermano y en el mismo momento pierde a la mamá que conocía hasta entonces. La vida familiar se transforma, se descalabra, se reacomoda en un rompecabezas al que siempre le falta una pieza.

Gustavo siempre ayudaba a Nora a cocinar ravioles, le gustaba darles la forma con una maquinita. El recuerdo de ese momento compartido era tan doloroso que ella dejó de cocinarlos. Un día Nora volvió a hacer pastel de choclo y al hacerlo lloró, lloró y lloró. Nunca más cocinó entonces esa comida que a Gustavo le gustaba tanto (Mellicchio, 2019,77). Muchos años después, Marcelo le dijo: “Mamá, a mí también me gustan los ravioles y el pastel de choclo”...

La historia de los hermanxs de desaparecidxs está aún por escribirse...



El archivo del después

Las madres que se transforman en Madres (que no son todas, ni son la mayoría) se dieron cuenta muy pronto de que no podían quedarse en sus casas, de que tenían que salir a buscarlos, donde sea, como sea. Se dieron cuenta también que no podían solas, que se necesitaban unas a otras. Se van reconociendo entre ellas por sus miradas, por su forma de andar. “¿Y a vos quién te falta?”, se preguntaban unas a otras. Ninguna madre pensaba que no vería más a su hijo o hija. Esa esperanza les daba fuerzas. Mujeres que no se conocían entre sí armaron un lazo de comunión entre ellas. Crearon juntas una organización a partir de la desolación y del amor. Fue un aprendizaje lento, doloroso, irreversible.



PEDIMOS JUSTICIA

NUESTROS CORAZONES SANGRAN.....

SOMOS LAS MADRES Y FAMILIARES DE LOS "DESAPARECIDOS"

Al negársenos información sobre nuestros seres queridos se nos convierte también en víctimas de los excesos de la "represión".

Dijo el Presidente Gral. Videla en su último discurso del jueves 29 de Marzo: "Debemos reconocer.... que....tenemos que dar aún satisfacción a requerimientos y aspiraciones que perentoriamente se plantean en ese campo".

Se refería el Sr. Presidente a la Justicia, "garantía sustancial de todos los habitantes, en el ejercicio de sus legítimos derechos y en el cumplimiento de sus deberes".

Pedimos por los detenidos "desaparecidos". Queremos saber DONDE ESTAN, COMO ESTAN, POR QUE se los retiene sin acusación formal y sin información pública.

Queremos justicia, nada más.

Este acto de justicia constituye el requisito indispensable para el logro de la paz en unión y libertad, que manifestó desear el Sr. Presidente, "una paz que constituya efectivamente una virtud, un estado de ánimo de todos los ciudadanos de la Nación, un constante anhelo de fe, esperanza y amor".

Es con ese estado de ánimo, con ese anhelo que expresamos este dramático, este doloroso llamamiento, para que se restablezca de una vez y para siempre el imperio de la justicia y la ley en nuestra patria.

Madres y familiares de detenidos
"desaparecidos"



viernes 14 de julio de 1978

Manifestación de mujeres en Plaza de Mayo

BUENOS AIRES (NA)
— A pesar de la fuerte lluvia, alrededor de un centenar de mujeres, familiares de desaparecidos, reeditaron ayer la habitual marcha de silencio que todos los jueves realizan en plaza de Mayo.

La demostración, que duró unos 30 minutos, se desarrolló en perfecto orden y mientras la dotación de un patrullero policial, apostado en las inmediaciones, se limitó a observarla.

Poco después de las 15, cerca de la Pirámide de Mayo comenzaron a formarse grupos de mujeres que permanecían allí con paraguas conversando, y en forma animada a pesar de la intensa lluvia.

Media hora después, cuando ya la cantidad de mujeres había ascendido casi al centenar, se formó una columna que durante unos 15 minutos marchó en silencio alrededor de un gran cantero frente mismo a la Casa Rosada.

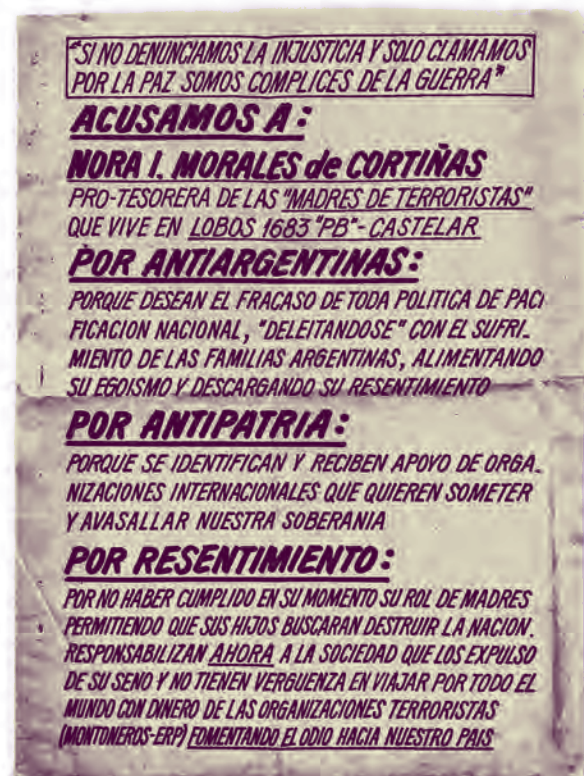
En esta demostración, esta vez no se advirtió que las mujeres llevaran cartelitos con los nombres de familiares desaparecidos; tampoco la presencia de fotógrafos o periodistas extranjeros, ni de personas que las hostilizaran, como ocurrió en otras oportunidades.

Alrededor de las 16, la columna de los familiares de los desaparecidos cruzó toda la plaza de Mayo y, después de reunirse frente al edificio de la municipalidad — distante un centenar de metros— comenzó a desconcentrarse.

Generaron una experiencia colectiva a partir del dolor y la esperanza, torcieron no solo los mandatos sociales y familiares, sino la lógica individualista, la parálisis que la dictadura quería provocar a partir del miedo. Se hicieron múltiples y fuertes uniendo voluntades, sueños y deseos dispersos, atomizados y frágiles. Hay en esa transformación conmovedora una politización en la que lo íntimo del dolor se transforma en comunidad afectiva, en reclamo incondicional de justicia y verdad. No hay individuos que puedan albergar una pérdida colectiva de dimensiones inconmensurables. Fue necesario interrumpir la soledad del dolor privado y el ensimismamiento, salir a la calle malheridas pero vivas.

En el umbral de lo individual y lo colectivo crearon una respuesta de amor y lucha frente a una crueldad inimaginable.

Y Nora, que no salía de su casa, que le pedía permiso a Carlos para ir a ver a su familia a la Capital, arrasada por el dolor y la desesperación se encuentra en una vorágine de nuevos desafíos. Aprende a viajar primero para ir sola desde Castelar hasta la Plaza de Mayo, a enfrentar el peligro, a esperar, a aguantar, a defenderse cuando tratan de humillarlas, a defender a su hijo, su memoria, sus decisiones, a desilusionarse, caer y volver a levantarse, a enfrentar a la policía, a que la traten de loca, a que le pinten “madre terrorista” en la pared impecable de su casa, a asumir nuevas responsabilidades, a armar solicitudes, hacer un *habeas corpus*, a enfrentar la hipocresía, a que las vecinas dejen de saludarla, a que la lleven detenida, a hablar en público.





Aprendería también a viajar por el mundo, a reclamar ante quien sea, a moverse en ciudades que le eran extrañas, a dar entrevistas, a realizar acciones para tornarse lo más visible posible. A enfrentar el miedo.



El archivo familiar de Nora se puebla de nuevas imágenes, reuniones, viajes, esperas, fotos con otras madres, fotos en iglesias, en juzgados, en micros. Caminatas de día y de noche, acciones, marchas. Nora sosteniendo una pancarta con la foto de su hijo, sosteniendo una bandera, hablando en un acto público con un megáfono, desde un escenario, Nora increpando a monseñor Zaspe, con líderes políticos, con el Papa, con cantantes, con quien sea, donde sea.





CLARÍN - 8-11-79 SOLICITADA

EL PAPA Y LA ESPERANZA

Su Santidad Juan Pablo II pidió ante setenta mil fieles el 28/10/79 Urgente esclarecimiento de la situación de los desaparecidos y detenidos en la Argentina.

Instando a que "haya una rigurosa adherencia a la ley y se respete la persona física y moral, aún de culpables o tachados de violencia."

Dice L'Observatore Romano: "hay algunos miles de hombres y mujeres esperan que el reclamo humilde y apasionado del Papa sea escuchado"

NOS UNIMOS A ESE RECLAMO CON EL NUESTRO DESPERADO

¿PUEDE ARGENTINA DESOIR ESTA DRAMÁTICA APELACION DEL SANTO PADRE?

MADRES DE PLAZA DE MAYO







La foto que Nora lleva de Gustavo es del día en que él se casó. Lo lleva con ella sonriendo, cerca de su pecho, en uno de los días más felices de su vida. Como en un ritual, Nora se acomoda su pañuelo blanco, se cuelga la foto de Gustavo y se pone zapatos cómodos. Con eso alcanza. Sale y se enfrenta a una dictadura.



El archivo del hoy

Con los años las Madres fueron incorporando a sus históricos reclamos otras consignas, otras reivindicaciones, a solidarizarse con

otras luchas, la de lxs docentes, lxs médicxs, por lxs desaparecidxs en democracia... Pero a muchas madres les costó aceptar los reclamos por la diversidad sexual, por los derechos trans, por la legalización del aborto, por la legalización de la marihuana.

Aún hoy no hay acuerdo en estos temas. Nora mostró siempre una gran apertura ante lo nuevo, un espíritu joven. Ella escucha y aprende a medida que la propia sociedad cambia, que se transforman las agendas políticas. Nora se rehizo feminista.





Nada lo hizo sola. Tiene una familia enorme. Marcelo y sus nietxs. Damián, el hijo de Gustavo, y su familia. Hermanas, amigas y amigos que la quieren, que la cuidan. Lazos de sangre y lazos elegidos, creados a lo largo de la vida.

Nora fue una impulsora central de lo que fueron las Madres de Plaza de Mayo y es sin duda una protagonista central de la historia argentina desde la dictadura hasta hoy. Se convirtió en estos años de democracia incompleta en un símbolo de lucha inculdicable. En tiempos de impotencias, descreimientos y ausencia de sentido, ella emerge como un faro de coherencia.





Nora contagia. Contagia fuerza, energía, vitalidad, entereza. Algo especial genera con su presencia. Una certeza de que es posible atravesar el dolor sin hundirse en él, de que se puede perder sin sentirse derrotada. Nora fue rozada por la muerte y salió. Salió de su casa, de su barrio, de sus lugares comunes, del destino que tenía marcado. Buscó a su hijo creyendo que lo encontraría vivo; cuando esa esperanza se diluyó, siguió igual, siguió para saber qué habían hecho con él y con todxs lxs desaparecidxs, para pedir justicia, para buscar a los culpables, para exigir una condena. Nora no se reconcilia ni se rinde. Trenzó a lo largo de su vida violencia y miedo con afecto y lucha, se hizo fuerte a partir de su fragilidad y su amor. Forjó su existencia a partir de esa ausencia, de la relación íntima y de compromiso con su propio hijo. Esa desposesión radical que sufrió la volvió sensible ante cada injusticia. Hay algo de alquimia en la vida de Nora, como si ella misma fuera un catalizador, algo la atraviesa y se transforma, el dolor en abrazos y risas, la soledad en compañía, la rabia en resistencia y creatividad, la brutalidad en amor y rebeldía. La injusticia en lucha.







Torge Loeding **17** Presentación

23 Gracias Norita

Ana María Vásquez Duplat **25** Pedagogía de la esperanza

Ana María Careaga **27** Preposiciones y proposiciones en torno a Nora Cortiñas

Damián Cortiñas **49** Norita Va

Marta Dillon **55** Norita: Conexión con el flujo tiempo

Sabrina Bölcke **71** Un nudo en el pañuelo para seguir cantando

Nelson Santa Cruz **85** Desde la villas a Norita

Gerardo Szalkowicz **99** Norita. Madre de la humanidad

EL ARCHIVO

Francisco Villa y María C. Zunino **113** Gustavo_Carlos_Nora_Castelar_1952.JPG

Cora Gamarnik **119** Historia visual de una vida incomparable

La sonrisa rebelde / Ana María Careaga... [et al.];

Coordinación general de Ana María Vázquez Duplat;

Editado por Hernán Cardinale. –1a ed.– Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

Fundación Rosa Luxemburgo, 2024.

152 pp.; 23 x17 cm.

ISBN 978-631-90553-1-3

1. Derechos Humanos. 2. Dictadura Militar. 3. Política Argentina. I. Careaga,

Ana María II. Vázquez Duplat, Ana María, coord. III. Cardinale, Hernán, ed.

CDD 300



FUNDACIÓN ROSA LUXEMBURGO-OFICINA CONO SUR

Santiago del Estero 1148.

CP.1075, Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Argentina

<https://rosalux-ba.org>

Director: **Torge Loeding**

Coordinadora: **Ana María Vázquez Duplat**

Facebook: [/RosaLuxConoSur](https://www.facebook.com/RosaLuxConoSur)

Twitter: [@rosalux_conosur](https://twitter.com/rosalux_conosur)

IG: [@rosalux_conosur](https://www.instagram.com/rosalux_conosur)



Editor: **Hernán Cardinale** / IG: [@monadanomada](https://www.instagram.com/monadanomada) / <https://monadanomada.com.ar>

Dg. y arte de interiores y cubiertas: **Hernán Cardinale y Julieta Colomer**

La fotografía original trabajada para la cubierta, pertenece a **Mónica Hasenberg** (2017)

Esta publicación fue realizada por la **Fundación Rosa Luxemburgo Cono Sur (FRL)**,

con fondos del **Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo de Alemania (BMZ)**.

FOTOGRAFÍAS

La mayor parte de las fotografías y materiales gráficos publicados forman parte del archivo personal (físico y digital) de Nora Cortiñas, por lo que en algunos casos no logramos identificar a sus realizadores. Las imágenes que sí registraban su origen –o que bien pudimos rastrear su autoría–, pertenecen a: **Javier Barreiro, Natalia Bernades, Julieta Colomer, Vicky Cuomo, Eduardo Di Bala, Florencia Ferioli, Daniel García, Florencia Guzzetti, Sebastián Hacher, Mónica Hasenberg-Brenno Quaretti, La Garganta poderosa, Pablo Lasansky, Adriana Lestido, Eduardo Longoni, colectivo Manifiesto, Néstor Pichi Martínez, Olga Morales, Cristian Pirovano, Doris Sanabria, Alfonso Sierra, Cristina Sille; ARGRA, ANCCOM, DyN, NA y Somos Télam** a quienes agradecemos permitirnos hacer uso de las mismas.

Agradecemos al **CeDInCI** y en particular a **Eugenia Sik**, por permitirnos revisar de nuevo el archivo donado por Norita y recuperar así, para este libro, algunas imágenes y manuscritos.

REPRODUCCIÓN:



Solamente algunos derechos reservados. Esta obra está bajo licencia **Creative Commons 2.0** de "reconocimiento+uso no comercial+compartir igual" (CC-BY-NC-SA).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.0/es/>

IMPRESA Y ENCUADERNACIÓN:



La presente edición –con 1000 ejemplares de tirada– fue impresa y encuadernada en diciembre de 2024 por los **trabajadores de la cooperativa Chilavert Artes Gráficas**, imprenta recuperada y bajo autogestión obrera desde abril de 2002.

Martiniano Chilavert 1136 / C. A. de Buenos Aires / imprentachilavert@gmail.com

Hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Editado e impreso en ARGENTINA / diciembre de 2024

ESTE LIBRO ES DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA

*Norita viene
siempre viene, trae su canasta de abrazos y mata a la soledad
titána de sonrisa terciopelo
y una linterna, bichita de luz, que nos guía
no necesita gritarlo, para eso están los giles, los perversos,
los que violentan las mariposas
los que nos desangran las horas
los dueños de nuestro tiempo.*

*Norita sabe, por eso abrió su mesa
nos sentó a las travas con los pibes del barrio,
y al obrero y a la chica de la facu, y a los pueblos originarios
y nos invitó de su alimento
y nos mira pelearnos, diferenciarnos y amarnos al mismo tiempo
y nos pregunta si queremos más, si nos gustaron sus manjares
y entonces nos invita a salir a la calle
y agarrar por el mismo lado
porque hay lobos sueltos, y el camino es arduo*

*Norita canta, se agaviota en medio del espanto
sabe que, así como hay Videlas hay Tuñones
y entonces también se pone flores en su rostro
y renace toda envuelta en un Poema
ella, la más joven de todas
ella, Revolucionaria.*

Susy Shock, 2021

ISBN 978-631-90553-1-3

